

L. A. SENECA



Tratados morales

II



COLECCIÓN CISNEROS

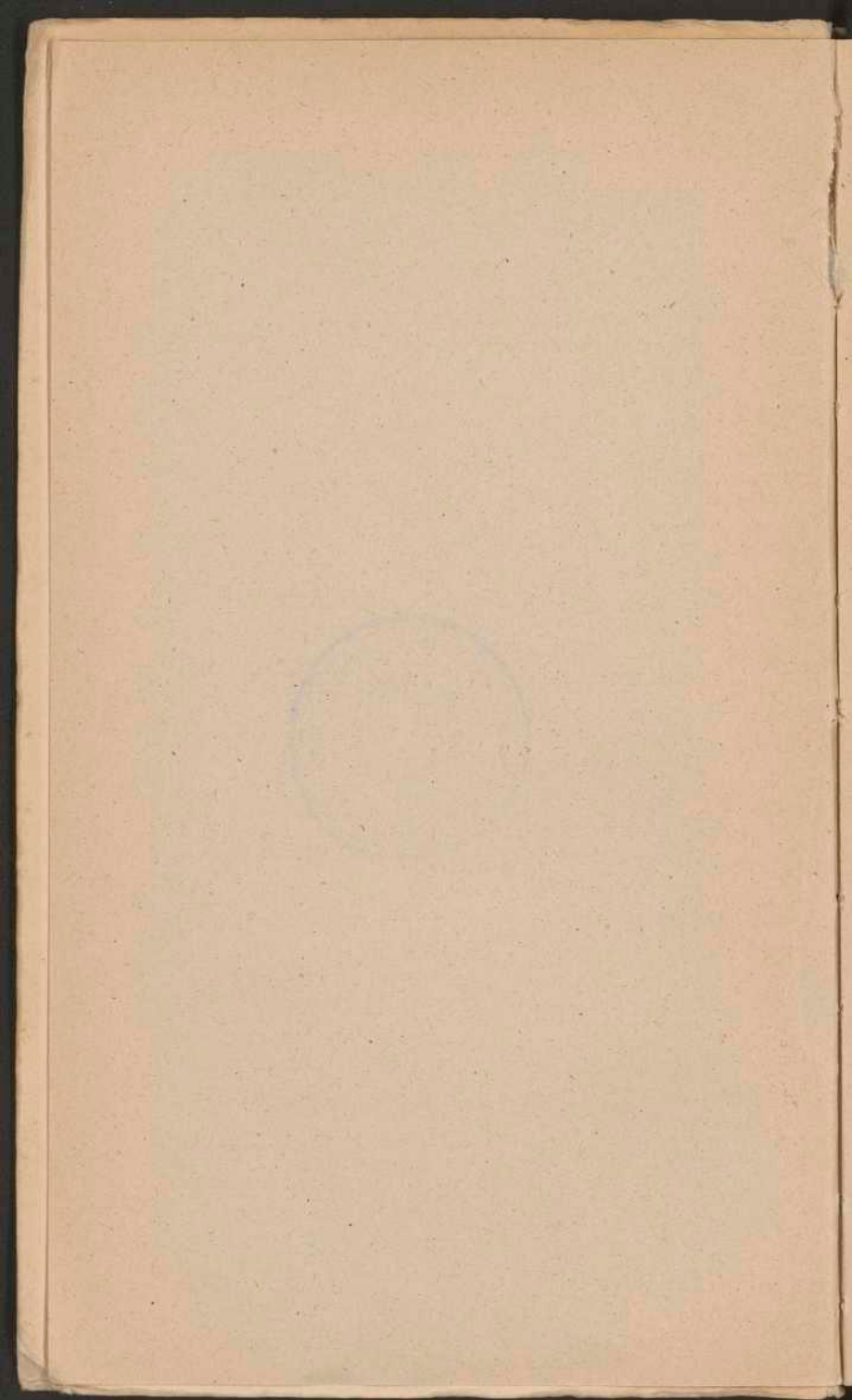
2888

525252

12
16348

NO SE PRESTA

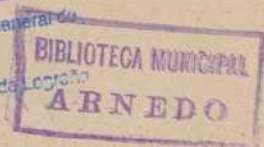




TRATADOS MORALES



Gobierno
de La Rioja
Educación, Cultura,
Deporte y Juventud
Dirección General de
Cultura
Biblioteca de Logroño





COLECCION

CISNEROS

DIRIGIDA

por

D. CIRIACO PEREZ BUSTAMANTE

CATEDRATICO DE LA
UNIVERSIDAD CENTRAL

Y PUBLICADA

por

EDICIONES "ATLAS"

COLECCION "CISNEROS"

L. A. SÉNECA

TRATADOS MORALES

Traducido por

PEDRO FERNANDEZ NAVARRETE



IBIZA, 29
MADRID 1943

12350.129

ES PROPIEDAD

*Copyright by Ediciones
"Atlas". Madrid, 1943.*



TRATADO CUARTO

DE LA CONSTANCIA DEL SABIO, y que en él no puede caer injuria.

A SERENO

CAPITULO PRIMERO

No sin razón me atreveré a decir, oh amigo Sereno, que entre los Filósofos Estoicos y los demás profesores de la sabiduría hay la diferencia que entre los hombres y las mujeres; porque aunque los unos y los otros tratan de lo concerniente a la comunicación y compañía de la vida, los unos nacieron para imperar y los otros para obedecer. Los demás sabios son como los médicos domésticos y caseros, que aplican a los cuerpos medicamentos suaves y blandos, no curando como conviene, sino como les es permitido. Los Estoicos, habiendo entrado en varonil camino, no cuidan

de que parezca ameno a los que han de caminar por él; tratan sólo de librarlos con toda presteza de los vicios, colocándolos en aquel alto monte, que de tal manera está encumbrado y seguro, que no sólo no alcanzan a él las flechas de la fortuna, sino que aun les está superior. Los caminos a que somos llamados son arduos y fragosos, que en los llanos no hay cosa eminente; pero, tras todo eso, no son tan despeñaderos como muchos piensan. Sólo las entradas son pedregosas y ásperas, y que parece están sin senda, al modo que sucede a los que de lejos miran las montañas que se les representan, ya quebradas y ya unidas, porque la distancia larga engaña fácilmente la vista; pero en llegando más cerca, todo aquello que el engaño de los ojos había juzgado por unido se va poco a poco mostrando dividido; y lo que desde lejos parecía despeñadero se descubre, en llegando, ser un apacible collado. Poco tiempo ha que, hablando de Marco Catón, te indignaste —porque eres mal sufrido de maldades— de que el siglo en que vivió no le hubiese llegado a conocer, y que habiéndose levantado sobre los Césares y Pompeyos, le hubiesen puesto inferior a los Vatinios. Parecíate cosa indigna que porque resistió una injusta ley le hubiesen despojado de la garnacha en el tribunal y que, arrastrado por las manos de la parcialidad

sediciosa, hubiese sido llevado desde el lugar donde oraba hasta el arco Fabiano, sufriendo malas razones y ser escupido, con otras mil contumelias de aquella loca y desenfrenada muchedumbre. Respondíte entonces que más justo era dolerte de la República, que de una parte la rendía Publio Clodio y de otra Vatinio y otros muchos ciudadanos que, corrompidos con la ciega codicia, no conocían que mientras ellos vendían la República se vendían a sí mismos.

CAPITULO II

Por lo que toca a Catón, te dije que no había para que te congojases; porque ningún sabio puede recibir injuria ni afrenta, y que los dioses nos dieron a Catón por más cierto dechado de un varón sabio que, en los siglos pasados, a Ulises o Hércules; porque a éstos llamaron sabios nuestros Estoicos por haber sido invictos de los trabajos, despreciadores de los deleites y vencedores de todos los peligros. Catón no llegó a manos con las fieras, que el seguirlas es de agrestes cazadores, ni persiguió a los monstruos con fuego o hierro, ni vivió en los tiempos en que se pudo creer que se sostuvo el cielo sobre los hombros de un hombre; mas estando ya el mundo en sazón, que, desechada la antigua credulidad, había llegado a entera astucia, peleó con el soborno y con otros infinitos males: peleó con la hambrienta y ambiciosa codicia de imperar que tenían aquéllos, a quienes no parecía suficiente el orbe dividido entre los tres; y sólo Catón estuvo firme contra los vicios de la República, que iba degenerando y cayéndose con

su misma grandeza, y en cuanto fué en su mano la sostuvo, hasta que, arrebatado y apartado, se le entregó por compañero en la ruina, que mucho tiempo había detenido, muriendo juntos él y la República por no ser justo se dividiesen, pues ni Catón vivió en muriendo la libertad, ni hubo libertad en muriendo Catón. ¿Piensas tú que a tal varón pudo injuriar el pueblo porque le quitó el gobierno y la garnacha y porque cubrió de saliva aquella sagrada cabeza? El sabio siempre está seguro, sin que la injuria o la afrenta le puedan hacer ofensa.

CAPITULO III

Paréceme que veo tu ánimo y que, encendido en cólera, te aprestas a dar voces, diciendo: «Estas cosas son las que desacreditan y quitan la autoridad a vuestra doctrina: prometéis cosas grandes, y tales, que no sólo no se pueden desear, pero ni aun creer. Decís, por una parte, con razones magníficas, que el sabio no puede ser pobre, y, tras eso, confesáis que suele faltarle esclavo, casa y vestido. Decís que no puede estar loco, y no negáis que puede estar enajenado y hablar algunas razones poco compuestas y todo aquello a que la fuerza de la enfermedad le diera audacia. Decís que el sabio no puede ser esclavo, y no negáis que puede ser vendido y que ha de obedecer a su amo, haciendo todos los ministerios serviles, con lo cual, levantando en alto el sobrecejo, venís a caer en lo mismo que los demás, y sólo mudáis los nombres a las cosas. Lo mismo sospecho que sucede con lo que decís que el sabio no puede recibir injuria ni afrenta, proposición hermosa y magnífica a las primeras apariencias. Mucha diferencia hay en que el

sabio no tenga indignación a que no reciba injuria. Si me decís que la sufrirá con gallardía de ánimo, eso no es cosa particular, antes viene a ser muy vulgar, por ser paciencia que se aprende con la continuación de recibir injurias. Pero si me decís que no puede recibir injuria, y en esto pretendéis decir que nadie puede intentar hacérsela, digoos que, dejando todos mis negocios, me hago luego Estoico.» Yo no determiné adornar al sabio con honores imaginarios de palabras, sino ponerle en tal lugar donde ninguna injuria se permite. ¿Será esto, por ventura, porque no hay quien provoque y tiente al sabio? En la Naturaleza no hay cosa tan sagrada a quien no acometa algún sacrilegio; pero no por eso dejan de estar en gran altura las divinas, aunque hay quien, sin haber de hacer mella en ellas, acomete a ofender la grandeza superior a sus fuerzas. Yo no llamo invulnerable a lo que se puede herir, sino a lo que no se puede ofender. Daréte, como un ejemplo, a conocer al sabio. ¿Puedese dudar de que las fuerzas no vencidas son más ciertas que las no experimentadas, pues éstas son dudosas, y las acostumbradas a vencer constituyen una indubitable firmeza? En esta misma forma juzga tú por de mejor calidad al sabio, a quien no ofende la injuria, que al que nunca se le hizo. Yo llamaré varón fuerte a aquel a quien no rinden las

CAPITULO III

Paréceme que veo tu ánimo y que, encendido en cólera, te aprestas a dar voces, diciendo: «Estas cosas son las que desacreditan y quitan la autoridad a vuestra doctrina: prometéis cosas grandes, y tales, que no sólo no se pueden desear, pero ni aun creer. Decís, por una parte, con razones magníficas, que el sabio no puede ser pobre, y, tras eso, confesáis que suele faltarle esclavo, casa y vestido. Decís que no puede estar loco, y no negáis que puede estar enajenado y hablar algunas razones poco compuestas y todo aquello a que la fuerza de la enfermedad le diera audacia. Decís que el sabio no puede ser esclavo, y no negáis que puede ser vendido y que ha de obedecer a su amo, haciendo todos los ministerios serviles, con lo cual, levantando en alto el sobrecejo, venís a caer en lo mismo que los demás, y sólo mudáis los nombres a las cosas. Lo mismo sospecho que sucede con lo que decís que el sabio no puede recibir injuria ni afrenta, proposición hermosa y magnífica a las primeras apariencias. Mucha diferencia hay en que el

CAPITULO IV

¿Faltará por ventura alguno que intente hacer injuria al sabio? Intentarálo, pero no llegará a conseguirlo, porque le hallará con tal distancia apartado del contacto de las cosas inferiores, que ninguna fuerza dañosa podrá alcanzar hasta donde él está. Cuando los poderosos levantados por su imperio, y los que están validos por el consentimiento de los que se les humillan, intentaren dañar al sabio, quedarán sus acometimientos tan sin fuerza como aquellas cosas que con arco o ballesta se tiran en alto, que aunque tal vez se pierden de vista, vuelven abajo sin tocar en el cielo. ¿Pien-
sas que aquel ignorante Rey, que con la muchedumbre de saetas oscureció el día, llegó con alguna a ofender al Sol? ¿O qué habiendo echado muchas cadenas en el mar, pudo prender a Nepdivinidad reciba lesión de aquellos que ponen fue-
tuño? De la manera que las cosas divinas están exentas de las manos de los hombres, sin que la go a sus templos, ni de los que forman sus simu-
lacios; así, todo lo que se intenta contra el sabio

proterva, insolente y soberbiamente, se intenta en vano. Dirás que mejor fuera que ninguno intentara hacerle ofensa; cosa dificultosa pretendes en desear inocencia en el linaje humano. Mayor interés fuera de los que quieren hacer injuria al sabio en no hacérsela, que el que tiene el sabio en no recibirla; pero, aunque se le haga, no la puede padecer. Antes juzgo que aquella sabiduría que entre las cosas que la impugnan se muestra tranquila, es la que tiene más fuerzas, al modo que es indicio de que el Emperador se halla poderoso en armas y soldados cuando se juzga seguro en las tierras del enemigo. Separemos, si te parece, amigo Sereño, la injuria de la afrenta. La primera es, por su naturaleza, más grave, y esta segunda, más ligera, y sólo los delicados la juzgan por pesada; y no siendo con ella damnificados, sino solamente ofendidos, es tan grande el dejamiento y vanidad de los ánimos, que son muchos los que piensan no les puede suceder cosa más acerva. Hallarás algún esclavo que quiera más ser azotado que abofeteado y que juzgue por más tolerable la muerte que las palabras injuriosas; porque hemos llegado ya a tan grande ignorancia, que no nos sentimos tanto del dolor cuanto de su opinión; como los niños, a quien ponen miedo la sombra, la deformidad de las

personas y las malas caras, y les hacen llorar los nombres desapacibles a los oídos, y las amenazas de los dedos, y otras cosas de que, como poco providos, huyen.

CAPITULO V

El fin de la injuria es hacer algún mal; pero la sabiduría no le deja lugar en que entre, porque para ella no hay otro mal sino es la torpeza, la cual no tiene entrada donde una vez entraron la virtud y lo honesto, según lo cual, es cosa cierta que no puede llegar la injuria al sabio; porque si el padecer algún mal es lo que se llama injuria, y el sabio no le padece, es evidencia que no tiene que ver con él la injuria, porque toda injuria es una cierta disminución del sujeto en quien cae, no siendo posible recibirla sin alguna pérdida, o en el cuerpo, o en la dignidad, o en alguna de las cosas que están fuera de nosotros; pero el sabio no puede perder cosa alguna, porque las tiene todas depositadas en sí mismo, sin haber entregado alguna a la fortuna, teniendo todos sus bienes en parte firme y contentándose con la virtud, que no necesita de las cosas fortuitas; y así, ni puede crecer ni menguar, porque lo que ha llegado a la cumbre no tiene adonde pasar, y la fortuna no quita, sino lo que ella dió; y como no dió la virtud, no puede

quitarla; ésta es libre, inviolable, firme, incontrastable, y de tal manera fortalecida contra los sucesos, que no sólo no puede ser vencida, pero ni aun inclinada. Tiene muy abiertos los ojos contra los aparatos de las cosas terribles, y no hace mudanza en el rostro, ora se le pongan delante sucesos prósperos, ora adversos. Y, finalmente, el sabio jamás pierde aquello que le puede causar sentimiento, porque sólo posee la virtud, de la cual no puede ser desposeído, y de las demás cosas tiene una posesión precaria. ¿Quién, pues, se lamenta con la pérdida de lo que es ajeno? Por lo cual, si la injuria no puede damnificar a las cosas que el sabio tiene por propias, porque están fortificadas con la virtud, no podrá hacerse injuria al sabio. Tomó Demetrio Policertes la ciudad de Megara, y habiendo preguntado a Stilpon Filósofo qué pérdida había hecho, le respondió que ninguna, porque tenía consigo todos sus bienes, no obstante que el enemigo le había despojado de su patrimonio, robándole sus hijas y violado su patria. Disminuyóle con esta respuesta la victoria, porque, habiendo perdido la ciudad, no sólo no se tuvo por vencido, mas antes dió a entender no estar damnificado mientras quedaban en su poder los verdaderos bienes de que no se puede hacer presa, y los que le habían sido robados y disipados los tenía por adventicios y por

sujetos a los antojos de la fortuna, y por esa razón no los amaba como propios, pues de todo lo que está de la parte de afuera es incierta y deslizada la posesión. Juzga, pues, ahora si a este sabio, a quien la guerra y el enemigo, práctico en batir murallas, no pudieron quitar cosa alguna, si se la podrá quitar el ladrón, el calumniador, el vecino poderoso o el rico que, por no tener hijos, se hace respetar como Rey. Entre las espadas, por todas partes relumbrantes, y entre el tumulto militar para la presa; entre las llamas y la sangre, entre las ruinas de una ciudad saqueada, y entre el fuego de los templos que caía sobre sus dioses, sólo hubo paz en este hombre. Según esto, no hay para que juzgues por atrevida mi proposición, pues si tuvieres de mí poco crédito, te daré fiador. Y si te parece que en un hombre no puede haber tanta parte de firmeza ni tal grandeza de ánimo, ¿qué dirás si te pongo delante quien diga lo siguiente?

CAPITULO VI

No hay por qué dudes de que hay hombre nacido que pueda levantarse sobre las cosas humanas, mirando con tranquilidad los dolores, las pérdidas, las llagas, las heridas y, finalmente, los grandes movimientos que, cercándole, braman, mientras él, plácidamente, sufre las cosas adversas, y con moderación las prósperas, sin rendirse con aquéllas ni desvanecerse con éstas, siendo uno mismo entre tan diversos casos, y sin juzgar que hay algo que sea suyo, sino es a sí mismo, y esto por la parte en que es mejor. Aquí estoy para probarte esta verdad con este destruidor de tantas ciudades. Podrán desmoronarse con la batería las murallas, y caer de repente con las secretas minas las altas torres; podrán subir los baluartes de modo que se igualen a los más encumbrados alcázares; pero ningunas máquinas militares se hallarán para conmover un ánimo bien fortalecido: «Libréme —dice— de las ruinas de mi casa, y huí por medio de las llamas que de todas partes estaban relumbrando; y no sé si el suceso que habrán tenido mis hijos, será peor que

el público. Yo solo y viejo, viéndome cercado de enemigos, digo que toda mi hacienda está en salvo, porque tengo y poseo todo lo que de mí tuve; no tienes por qué juzgarme vencido, ni estimarte por vencedor; tu fortuna fué la que venció a la mía. Yo ignoro dónde están aquellas cosas caducas que mudaron dueño; pero lo que a mí me toca conmigo está y estará siempre. En este caso perdieron los ricos sus riquezas, los lascivos sus amores y las amigas amadas con mucha costa de la vergüenza. Los ambiciosos perdieron los tribunales y lonjas, y los demás lugares destinados para ejercer en público sus vicios. Los logreros perdieron las escrituras en que la avaricia, fingidamente alegre, tenía puesto el pensamiento; pero yo todo lo tengo libre y sin lesión. A éstos que lloran y se lamentan, y a los que por defender sus riquezas oponen sus desnudos pechos a las desnudas espadas, y a los que huyendo del enemigo llevan cargados los senos puedes preguntar lo que perdieron.» Ten, pues, por cosa cierta, amigo Sereno, que aquel varón perfecto, lleno de todas las virtudes humanas y divinas, no perdió cosa alguna; porque sus bienes estaban cercados de murallas firmes e inexpugnables. No compares con ellas los muros de Babilonia que allanó Alejandro; no los castillos de Cartago y Numancia ganados con un ejército, no el Capitolio y su Alcázar,

que todos ellos tienen las señales de los enemigos; pero las que defienden al sabio, están seguras del fuego y de los asaltos, sin que haya portillo por donde entrar, porque son altas, excelsas e iguales a los dioses.

CAPITULO VII

No tendrás razón en decir lo que sueles, que este nuestro Sabio no se halla en parte alguna, porque nosotros no fingimos esta vana grandeza del humano entendimiento, ni publicamos gran concepto de cosa falsa, sino como lo formamos os lo damos, y os lo daremos, si bien raramente y con grande intervalo de los tiempos se halla, porque las cosas grandes que exceden el vulgar y acostumbrado modo, no nacen cada día. Antes recelo que este nuestro Catón que dió motivo a nuestra disputa es superior a nuestro ejemplo; y finalmente, el que ofende ha de tener mayores fuerzas que el que recibe la ofensa, pues si la maldad no puede ser más fuerte que la virtud, claro está que no podrá ser ofendido el sabio; porque sólo son los malos los que intentan injuriar a los buenos, porque entre los justos siempre hay paz, y no pudiendo ser ofendido sino el inferior y el malo, lo es del bueno; y los buenos no pueden temer injuria, sino es de los que no lo son: claro es que el sabio no puede ser injuriado. Y no tengo que advertirte de nuevo, que

no hay otro que sea bueno sino el sabio. Dirásme que, aunque Sócrates fué condenado injustamente, al fin recibió injuria. Para esto conviene que sepamos que puede suceder que alguno me haga injuria, y que yo no la reciba; como si una persona, habiendo hurtado alguna cosa de mi granja, me la pusiese en mi casa; este tal cometió hurto, pero yo no perdí cosa alguna: así puede uno ser dañador sin hacer daño. Acuéstase un casado con su mujer juzgando que es ajena, éste será adúltero, sin que lo sea la mujer. Dame alguno veneno, que, mezclado con la comida, perdió la fuerza; pero con darme el veneno, aunque no me dañó, se hizo sujeto a la culpa; y no deja de ser ladrón aquel cuyo puñal quedó frustrado con la ropa. Todas las maldades son perfectas cuanto a la culpa, aunque no se consiga el efecto de la obra; pero hay algunas en tal modo unidas, que no puede estar lo uno sin lo otro. Yo procuraré hacer evidente lo que digo; puedo mover los pies sin correr, pero no puedo correr sin moverlos; puedo estar en el agua sin nadar, pero no puedo nadar sin estar en el agua. De esta calidad es lo que trato: si recibí la injuria, es fuerza que se hiciese; pero no es fuerza que por haberse hecho, la haya yo recibido; porque pueden haberse ofrecido muchas cosas que hayan apartado la injuria; y como algunos sucesos pueden detener la

mano levantada, y apartar las saetas disparadas, así puede haber alguna cosa que repela cualesquier injurias, deteniéndolas de modo que, aunque sean hechas, no sean recibidas. Demás de esto, la justicia no puede sufrir lo injusto, por no ser compatibles dos contrarios, y la injuria no puede hacerse si no es con injusticia.

CAPITULO VIII

No hay de qué te admires cuando te digo que ninguno puede hacer injuria al sabio, pues tampoco le puede nadie aprovechar, porque al que lo es ninguna cosa le falta que pueda recibir en lugar de dádiva, y el malo no puede dar cosa alguna al sabio; porque para que pueda dar, ha menester tener; y es cosa cierta que no tiene cosa de que el sabio pueda tener gusto en recibirla; según lo cual, ninguno puede ofender ni beneficiar al sabio; al modo que las cosas divinas, ni desean ser ayudadas, ni pueden en sí ser ofendidas. El sabio es muy próximo a los dioses, y excepto en la mortalidad, es semejante a Dios; y el que camina y aspira a cosas excelsas, reguladas con razón, intrépidas y que con igual y concorde curso corren, y a las seguras y benignas, habiendo nacido para el bien público, siendo saludable a sí y a los demás, este tal no deseará cosa humilde. Y el que estribando en la razón pasare por los casos humanos con ánimo divino, de ninguna cosa se lamentará. ¿Piensas que digo solamente que no puede recibir injuria de los hombres?

Pues digo que ni aun de la fortuna, la cual siempre que con la virtud tuvo encuentros, salió inferior. Si aquello de donde para amenazarnos, no pueden pasar las airadas leyes o los crueles dueños, y aquello donde se acaba y termina el imperio de la fortuna lo recibimos con ánimo plácido, igual y alegre, conociendo que la muerte no es mal, conoceremos por la misma razón que tampoco es injuria; y con eso llevaremos con más facilidad todas las demás cosas, los daños, los dolores, las afrentas, los destierros, la falta de los padres y las heridas; todas las cuales cosas, aunque cerquen al sabio, no le anegan, ni todos sus acometimientos le entristecen. Y si con moderación sufre las injurias de la fortuna, ¿con cuánta mayor sufrirá las de los hombres poderosos sabiendo que son las manos con que ella obra?

CAPITULO IX

Finalmente el sabio sufre todas las cosas, al modo que pasa el invierno el rigor y la destemplanza del cielo, y como los calores y enfermedades, y las demás cosas que penden de la suerte; y no juzga de cualquiera que lo que hace lo guía por consejo, que éste sólo se halla en el sabio; que en los demás no hay consejos, sino engaños, asechanzas y movimientos paliados del ánimo, atribuyéndolo todo a los casos. Porque todo lo que es casual y fortuito, si se enfurece y altera, es fuera de nosotros. ¿Y piensas también que aquellos, por quien se nos dispone algún peligro, tienen ancha materia a las injurias, ya con testigos supuestos, ya con falsas acusaciones, ya irritando contra nosotros los movimientos de los poderosos, con otros mil latrocinios que pasan aun entre los de ropas largas; teniendo también por injuria si se les quita su ganancia, o el premio mucho tiempo procurado; si les salió incierta la herencia solicitada con grandes diligencias, quitándoseles la gracia de la casa que les había de ser provechosa? Pues todo esto lo desprecia el sabio, porque no

sabe vivir en esperanza o en miedo de lo temporal. Añade a esto que ninguno recibe injuria sin alteración de ánimo; porque cuando la suerte se perturba y el varón levantado carece de perturbación por ser templado y de alta y plácida quietud, y si la injuria tocara al sabio, conmoviérale e inquietárale, siendo cierto que carece de la ira injusta que suele despertar la apariencia de injuria, porque sabe no puede hacérsele; por lo cual, hallándose firme y alegre y en continuo gozo, de tal manera no se congoja con las ofensas de los hombres, que la misma injuria, y aquello con que ella quiso hacer experiencia del sabio tentando su virtud, se hallan frustrados. Ruégoos que favorezcamos este intento y que le asistamos con equidad de ánimo y de oídos. Y no porque el sabio se exime de la injuria, se disminuye algún tanto vuestra desvergüenza o vuestros codiciosísimos deseos ni vuestra temeridad o soberbia; porque, quedando en pie vuestros vicios, queda en su ser esta libertad del sabio. No decimos que vosotros no tenéis facultad de hacerle injuria, sino que él echa por alto todas las injurias y que se defiende con paciencia y grandeza de ánimo (1). De esta suerte vencieron muchos en las contiendas sagradas, fatigando con per-

(1) Los mártires.

severante paciencia las manos de los que los herían. De este mismo género juzga tú la paciencia y sabiduría de aquellos que con larga y fiel costumbre alcanzaron fortaleza para sufrir y para cansar cualesquier enemigas fuerzas.

CAPITULO X

Pues hemos tratado la primera parte, pasemos a la segunda, en la cual refutaremos la afrenta con algunas razones propias y con otras comunes. La contumelia es menor que la injuria, y de ella nos podemos quejar más que vengarla, y las leyes no la juzgan digna de castigo. La humildad mueve este afecto del ánimo, que se encoge por algún hecho o dicho contumelioso. No me admitió hoy fulano, habiendo admitido a otros; o no escuchó mis razones, o en público se rió de ellas; no me llevó en el mejor lugar, sino en el peor, con otros algunos sentimientos de esta calidad, a los cuales no sé qué otro nombre poder dar, sino quejillas de ánimo mareado, en que siempre caen los delicados y dichosos; porque a los que tienen mayores cuidados no les queda tiempo para reparar en semejantes impertinencias. Los entendimientos que de su natural son flacos y mujeriles, y que con el demasiado ocio lozanean, como carecen de verdaderas injurias, se alteran con éstas, cuya mayor parte consiste en la culpa de quien las interpreta.

Finalmente, el que se altera con el agravio hace demostración que ni tiene cosa alguna de prudencia ni de confianza, y así se juzga despreciado; y este remordimiento no sucede sin un cierto abatimiento de ánimo rendido y desmayado. El sabio, de ninguno puede ser despreciado, porque, conociendo su grandeza, se persuade a que nadie tiene autoridad de ofenderle; y no sólo vence éstas que yo no llamo miserias, sino molestias del ánimo, pero ni aun las siente. Hay otras cosas que, aunque no derriban al sabio, le hieren, como son los dolores de cuerpo, la flaqueza, la pérdida de hijos y amigos y la calamidad de la patria abrasada en guerras. No niego que el sabio siente estas cosas, porque no le doy la dureza de las piedras o hierro; pero tampoco fuera virtud sufrirlas no sintiéndolas (1).

(1) Careciendo del uso de la razón.

CAPITULO XI

Pues, ¿qué es lo que hace el sabio? Recibe algunos golpes y, en recibiendo los, los rechaza, los sana y los reprime; mas estas cosas menores no sólo no las siente, pero aun no se vale contra ellas de su acostumbrada virtud, habituada a sufrir, antes no repara en ellas o las juzga por dignas de risa. Demás de esto, como la mayor parte de las contumelias hacen los insolentes y soberbios, y los que se avienen mal con su felicidad, viene a temer el sabio la sanidad y grandeza de ánimo con que rechaza aquel hinchado afecto, siendo esta virtud tan hermosa, que pasa por todas las cosas de esta calidad como por vanas fantasías de sueños y como por fantasmas nocturnas, que no tienen cosa alguna de sólido y verdadero; y, juntamente, se persuade que todos los demás hombres le son tan inferiores, que no han de tener osadía a despreciar las cosas superiores a ellos. Esta palabra *Contumelia* se deriva del desprecio; porque ninguno, sino es el que desprecia, la hace, y ninguno desprecia al que tiene por mayor y por mejor, aun-

que haga algo de aquello que suelen hacer los despreciadores. Suelen los niños dar golpes en la cara a sus padres, y muchas veces desg्रेñan y arrancan los cabellos a sus madres, escúpenlas, descúbrenlas en presencia de otros y dicenles palabras libres, y a ninguna acción de estas llamamos contumelia. ¿Qué es la razón? Porque el que lo hizo no pudo despreciar; y, por esta misma causa, nos deleita la licenciosa urbanidad que los esclavos tienen para con sus dueños, cuya audacia y dicacidad puede atreverse a los convidados cuando empezó en su señor; porque, al paso que cada uno de ellos es más abatido y ridículo, es de más osada lengua, y para este efecto se suelen comprar muchachos ingeniosos, cuya libertad se perfeccione con maestros que les enseñen a decir injurias pensadas, y nada de esto tenemos por afrenta, sino por agudezas.

CAPITULO XII

Pues, ¿qué mayor locura puede haber como el deleitarnos y ofendernos de las mismas cosas, y el tener por afrenta lo que me dice mi amigo, teniendo por bufonería lo que me dice el esclavo? El ánimo que nosotros tenemos contra los niños, ese mismo tiene el sabio contra aquellos que, aun después de pasada la juventud y habiendo llegado las canas, se están en la puerilidad y niñez. ¿Han por ventura medrado algo éstos, en quienes están arraigados los males del ánimo? Y si han crecido, han sido en errores, diferenciándose de los niños solamente en ser mayores y en la forma de los cuerpos, que en lo demás no están menos vagos e inciertos, apeteciendo el deleite sin elección, y estando temerosos; y si se ven algún tiempo quietos, no es por inclinación, sino por miedo. ¿Quién, pues, habrá que diga hay diferencia entre ellos y los muchachos, mas de que toda la codicia de éstos es en tener algunos dados y alguna moneda de vellón, y la de los otros es de oro, plata y ciudades? Los muchachos hacen también entre sí sus magistra-

dos, imitando la garnacha, las varas y los tribunales que los hombres tienen; los muchachos hacen en las riberas formas de casas juntadas de arena. Los hombres, como si emprendiesen alguna cosa grande, se ocupan en levantar piedras, paredes y techos, que, habiendo sido inventados para defensa de los cuerpos, se convierten en peligro suyo; iguales, pues, son a los muchachos, y si en algo se les adelantan en algunas cosas mayores, todo, al fin, es error; y así, no sin causa el sabio recibe las injurias de éstos como juego, y tal vez los amonesta con el mal y con la pena como a muchachos, no porque él haya recibido la injuria, sino porque la hicieron ellos, y para que desistan de hacerla; al modo que, cuando los caballos rehusan la carrera, les da el caballero con el azote y, sin enojarse con ellos, los castiga, para que el dolor venza la rebeldía. Con lo cual, juntamente, verás que está disuelto el argumento que se nos pone, que el sabio no recibe injuria ni afrenta, porque castiga a los que se la hacen; porque esto no es vengarse, sino enmendarlos.

CAPITULO XIII

¿Qué razón, pues, hay para que no creas que tiene esta firmeza de ánimo el varón sabio, teniendo licencia de confesarla en otros, aunque no sea procedida de la misma causa? ¿Qué médico se enoja con el frenético? ¿Quién tiene por injurias las quejas de aquel a quien, estando con la fiebre, se le deniega el agua? Advierte que el sabio tiene el mismo oficio con todos que el médico con sus enfermos, sin que éste se desdeñe de tocar las obsenidades ni mirar los excrementos cuando de ello necesita el enfermo, y sin que se enoje de escuchar las palabras ásperas de los que, frenéticos, se enfurecen. Conoce el sabio que muchos de los que andan con la toga y la púrpura, aunque tienen buen color y parece que están fuertes, están mal sanos; y así los mira como a enfermos destemplados, y con esto no se ensaña, aunque desvergonzadamente se atrevan a intentar con la enfermedad alguna cosa contra el que los cura: y como hace poca estimación de los honores que el enfermo le da, tampoco hace caudal de las acciones

contumeliosas; y como hace poco aprecio de que un mendigo le honre, tampoco tiene por injuria si algún hombre de los de la ínfima plebe, siendo saludado, no le pagó la cortesía; ni se estima en más porque muchos ricos le estiman, porque conoce que en ninguna cosa se diferencian de los mendigos, antes son más desdichados, porque los pobres necesitan de poco y los ricos de muchos; y, finalmente, no se sentirá el sabio de que el rey de los Medos, o Atalo, rey de Asia, pase con silencio y con arrogante rostro cuando él le saluda, porque conoce que el estado de los reyes no tiene otra cosa de que se tenga envidia más que la que se tiene de aquél a quien en una gran familia le cupo el cuidado de regir los enfermos y enfrenar los locos. ¿Sentiréme yo por ventura si uno de los que en los ejércitos están negociando y comprando malos esclavos, de que están llenas sus tiendas, me dejó de saludar? Pienso que no me sentiré; porque, ¿qué cosa tiene buena aquél en cuyo poder no hay alguno que no sea malo? Luego, al modo que el sabio desprecia la cortesía o descortesía de éste, desestimaré la del rey que tiene en su servicio esclavos Partos, Medos y Bactrianos; pero, de tal manera, que los enfrena con miedo, sin atreverse jamás a aflojar el arco por ser malos y venales y que desean mudar de dueño. El sabio, con

ninguna injuria de éstos se altera, porque aunque ellos son entre sí diferentes, él los juzga iguales, por serlo en la ignorancia; porque si una vez se abatiese tanto que se alterase con la injuria o contumelia, jamás podría tener seguridad, siendo ésta el principal caudal del sabio, el cual nunca cometerá tal error que, vengándose de la injuria, venga a dar honor al que la hizo, siendo consecuencia necesaria el recibirse con alegría el honor de aquel de quien se sufre moleestamente el agravio.

CAPITULO XIV

Hay hombres tan mentecatos que juzgan pueden recibir afrenta de una mujer. ¿Qué importa que ella sea rica, que tenga muchos litereros, que traiga costosas arracadas, que ande en ancha y costosa silla? Pues, con todo esto, es un animal imprudente, y si no se le arrima alguna ciencia y mucha erudición, es una fiera que no sabe enfrenar sus deseos. Hay algunos que llevan impacientemente el ser impelidos de los criados guedejados que las acompañan, y tienen por afrenta el hallar dificultad en los porteros y soberbia en el que cuida de las visitas, o sobrecejo en el camarero. ¡Oh, cómo conviene despertar la risa en estas ocasiones! ¡Y cómo se debe henchir de deleite el ánimo cuando en su quietud contempla los errores ajenos! ¿Pues qué se ha de hacer? ¿No ha de llegar el sabio a las puertas guardadas por un áspero y desabrido portero? Si le obligare algún caso de necesidad, podrá experimentar el llegar a ellas, amansando primero con algún regalo al que las guarda, como a perro mordedor, sin reparar en

hacer algún gasto, para que le dejen llegar a los umbrales; y considerando que hay muchas puentes donde se paga el tránsito, no se indignará de pagar algo y perdonará al que tiene a su cargo esta cobranza, séase quien se fuere, pues vende lo que está expuesto a venderse. De corto ánimo es el que se muestra ufano porque habló con libertad al portero y porque le rompió la vara y se entró al dueño y le pidió que lo mandase castigar. El que porfía se hace competidor, y aunque venza, ya se hizo igual. ¿Qué hará, pues, el sabio cargado de golpes? Lo que hizo Catón cuando le hirieron en la cara, que ni se enojó ni vengó la injuria, y tampoco la perdonó, porque negó estar injuriado; mayor ánimo fué no reconocerla de lo que fuera el perdonarla. Y no nos detendremos mucho en esto, porque, ¿quién hay que ignore de que estas cosas que se tienen por buenas o por malas hace el sabio diferente concepto que los demás? No pone los ojos en lo que los hombres tienen por malo y desdichado, porque no camina por donde el pueblo. Y al modo que las estrellas hacen su viaje contrario al mundo, así el sabio camina contra la opinión de todos.

CAPITULO XV

Dejad, pues, de preguntarme cómo el sabio no recibe injuria si le hieren o le sacan los ojos; y que no recibe afrenta si le llevan por las plazas, oyendo oprobios de la gente soez; y si le mandan que en los convites reales coma debajo de la mesa con los esclavos de más bajos ministerios; y, finalmente, si fuere forzado a sufrir cualquier otra ignominia de las que, aun sólo pensadas, son molestas a cualquier ingenua vergüenza. En la forma que éstas se aumentan, ora sea en número, ora en grandeza, serán siempre de la misma naturaleza, con lo cual, si las pequeñas no ofenden, tampoco han de ofender las grandes, y si no las pocas, tampoco las muchas. De vuestra flaqueza sacáis conjeturas para el ánimo grande, y cuando pensáis en lo poco que vosotros podéis sufrir, ponéis poco más extendidos términos al sabio, a quien su propia virtud le colocó en otros diferentes parajes del mundo, sin que tenga cosa que sea común con vosotros, por lo cual no se anegará con la avenida de todas las cosas ásperas y graves de sufrir ni con las dignas de que de ellas huyan el oído y la vista:

y en la misma forma que resistirá a cada una de por sí, resistirá a todas juntas. Mal discurre el que dice: esto es tolerable al sabio y esto es intolerable, y el que pone coto y límite a la grandeza de su ánimo. Porque la fortuna nos vence cuando de todo punto no la vencemos. Y no te parezca que esto es una aspereza de la doctrina estoica, pues Epicuro —a quien vosotros tenéis por patrón de vuestra flojedad, y de quien decís que os enseña doctrina muelle y floja, encaminada a los deleites— dijo que raras veces asiste la fortuna al sabio, razón poco varonil. ¿Quieres tú decirlo con mayor valentía y apartar de todo punto la fortuna del sabio? Pues di: esta casa del sabio es angosta y sin adorno; es sin ruido y sin aparato; no está su entrada defendida con porteros que, con venal austeridad, apartan la turba; pero por estos umbrales desocupados, y no guardados de porteros, no entra la fortuna, porque sabe no tiene lugar adonde conoce que no hay cosa que sea suya. Y si aun Epicuro, que tanto trató del regalo del cuerpo, tuvo brío contra las injurias, ¿qué cosa ha de parecer entre nosotros increíble o puesta fuera de la posibilidad de la humana naturaleza? Aquél dijo que las injurias eran tolerables al sabio, y nosotros decimos que para el sabio no hay injurias.

CAPITULO XVI

Y no hay para que me digas que esto repugna a la naturaleza, porque nosotros no decimos que el ser azotado, el ser repelido y el carecer de algún miembro no es descomodidad; pero negamos que estas cosas no son injurias. No les quitamos el sentimiento del dolor; quitámosles el nombre de injurias, que éste no tiene entrada donde queda ileso la virtud. Veamos cuál de los dos trata más verdad; entrambos convienen en el desprecio de la injuria. Pregúntasme: siendo esto así, ¿qué diferencia hay entre ellos? La que hay entre los fortísimos gladiadores, que unos, sufriendo las heridas, están firmes, y otros, volviendo los ojos al pueblo que clama, dan indicios de su poco valor, no mereciendo que por ellos se interceda. No pienses que es cosa grande en lo que discordamos; sólo se trata de aquello que es lo que sólo nos pertenece. Entrambos ejemplos nos enseñan a despreciar las injurias y contumelias, a quien podemos llamar sombras y apariencias de injurias, para cuyo desprecio no es necesario que el varón sea sabio;

basta que sea advertido y que pueda hacer examen, preguntándose si lo que le sucede es por culpa suya o sin ella; porque si tiene culpa, no es agravio, sino castigo, y si no la tiene, la vergüenza queda en quien hace la injuria. ¿Qué cosa es ésta a que llamamos *contumelia*? Que te burlaste de mi calva, de mis ojos, de mis piernas o mi estatura. ¿Qué agravio es decirme lo que está manifestado? De muchas cosas que nos dicen delante de una persona, nos reímos; y si nos las dicen delante de muchas, nos indignamos, quitando la libertad a que otros nos digan lo que nosotros mismos nos decimos muchas veces. Con los donaires moderados nos entretenemos, y con los que no tienen moderación, nos airamos.

CAPITULO XVII

Refiere Crisipo que se indignó uno contra otro porque le llamó carnero marino. Y en el Senado vimos llorar a Fido Cornelio, yerno de Ovidio, porque Corvulo le llamó avestruz pelado; había tenido valor contra otras malas razones que le infamaban las costumbres y la vida, y con ésta se le cayeron feamente las lágrimas; tan grande es la flaqueza del ánimo en apartándose de la razón. ¿Que diremos de que nos damos por ofendidos si alguno remeda nuestra habla y nuestros pasos, o si declara algún vicio nuestro en la lengua o en el cuerpo? Como si estos defectos se manifestaran más con remedarlos otros que con tenerlos nosotros. Muchos oyen con sentimiento la vejez y las canas a que llegaron con deseos; otros se ofendieron de que les notaron su pobreza, escondiéndola de los otros cuando entre sí se lamentan de ella. Según lo cual, a los licenciosos, que con decir pesadumbres tratan de hacerse graciosos, se les quitará la materia si tú, voluntaria y anticipadamente, te adelantares a decirte lo que ellos te podrán decir;

porque el que comienza a reírse de sí no da lugar a que otros lo hagan. Hay memoria de que Vatinio, hombre nacido para risa y aborrecimiento, fué un truhán donairoso y decidior, y solía él decir mucho mal de sus pies y de su garganta, llena de lamparones, con lo cual se libró de la fisga de sus émulos, aunque tenía más que enfermedades; y, entre otros, se escapó de los donaires de Cicerón. Si aquél, con la desvergüenza y con los continuos oprobios con que se habituó a no avergonzarse, pudo conseguirlo, ¿por qué no lo ha de alcanzar el que con estudios nobles y con el adorno de la sabiduría hubiere llegado a alguna perfección? Añade que es un cierto género de venganza quitar al que quiso hacer la injuria el deleite de ella; suelen los que las hacen decir: desdichado de mí, pienso que no lo entendió; porque el fruto de la injuria consiste en que se sienta y en la indignación del ofendido, y, demás de esto, no hayas miedo que falte otro igual que te venga.

CAPITULO XVIII

Entre los muchos vicios de que abundaba Cayo César, era admirablemente notado en ser insigne en picar a todos con alguna nota, siendo él materia tan dispuesta para la risa, porque era tal su pálida fealdad, que daba indicios de locura, teniendo los torcidos ojos escondidos debajo de la arrugada frente, con grande deformidad de una cabeza calva, destituída de cabellos, y una cerviz llena de cerdas; las piernas, muy flacas, con mala hechura de pies; y, con todas estas faltas, sería proceder en infinito si quisiese contar las cosas en que fué desvergonzado para sus padres y abuelos y para todos estados; referiré sólo lo que fué causa de su muerte. Tenía por íntimo amigo a Asiático Valerio, varón feroz y que apenas sabía sufrir ajenos agravios. A éste, pues, le objetó en alta voz, en un convite y una conversación pública, cuál era su mujer en el acto venéreo. ¡Oh santos dioses! ¡Que esto oiga un varón! ¡Y que esto sepa un príncipe! ¡Y que llegase su licencia a tanto, que no digo a un varón consular, no a un amigo,

sino a cualquier marido, se atreviese un príncipe a contar su adulterio y su fastidio! De Cherea, tribuno de los soldados, se decía que, por ser el tono de la voz lánguido y débil, se hacía sospechoso; a éste, siempre que pedía el nombre, se le daba Cayo: unas veces, el de Venus, y otras, el de Priapo, notando de afeminado al que manejaba las armas. Y esto lo decía andando él cargado de galas y joyas, así en los vestidos como en el calzado. Forzóle con esto a disponer con el hierro el no llegar más a pedirle el nombre. Este fué el primero que levantó la mano entre los conjurados; él le derribó de un golpe la media cerviz, y luego llegaron infinitas espadas a vengar las públicas y particulares injurias; pero el que primero mostró ser varón fué el que no se lo parecía. Y siendo Cayo tan amigo de decir injurias, era impaciente en sufrirlas, juzgándolo todo por injuria. Enojóse con Herenio Macro porque, saludándole, le llamó solamente *Cayo*. Y no se quedó sin castigo un soldado aventajado porque le llamó *Calígula*, siendo éste el nombre que se le solía llamar, por haber nacido en los ejércitos y ser alumno de las legiones. Y él, que con este apellido se había hecho familiar a los soldados, puesto ya en los coturnos de la grandeza, juzgaba por oprobio y afrenta que le llamasen *Calígula*. Seranos, pues,

de consuelo cuando nuestra mansedumbre dejare la venganza, que no faltará quien castigue al desvergonzado, soberbio e injurioso, vicios que no se ejercitan en sólo uno ni en sola una afrenta. Pongamos los ojos en los ejemplos de aquellos cuya paciencia alabamos, como fué Sócrates, que tomó en buena parte los dieterios contra él esperados y publicados en las comedias, y se rió de ellos no menos que cuando su mujer, Xantipe, le roció con agua sucia, e Iphicrates, cuando se le objetó que su madre, Tersa, era bárbara, respondió que también la madre de los dioses era de Frigia.

CAPITULO XIX

No hemos de venir a las manos, lejos hemos de sacar los pies, despreciando todo aquello que los imprudentes hacen, porque tales cosas no las pueden hacer sino los que lo son. Hemos de recibir con indiferencia los honores y las afrentas del vulgo, sin alegrarnos con aquéllos ni entristecernos con éstas; porque, de otra suerte, dejaremos de hacer muchas cosas necesarias por el temor o fastidio de las injurias, y no acudiremos a los públicos o particulares ministerios, y tal vez a los importantes a la salud, mientras nos congoja un afeinado temor de oír algo contra nuestro ánimo. Y otras veces, estando airados contra los poderosos, descubriremos este afecto con destemplada desenvoltura. Y si pensamos que es libertad el no padecer algo, estamos engañados, que antes lo es el oponer el ánimo a las injurias y hacerse tal que espere de sí solo las cosas dignas de gozo, apartando las exteriores por no pasar vida inquieta, temiendo la fisga y las lenguas de todos. Porque, ¿cuál persona hay que no pueda hacer una afrenta,

si la puede hacer cada uno? Pero el sabio y el amante de la sabiduría usarán de diferentes remedios. A los imperfectos, y que todavía se encaminan a los tribunales públicos, se les debe proponer que su vida ha de ser siempre entre injurias y afrentas; los que las han esperado, todas las cosas les parecen más tolerables. Cuanto más aventajado es uno en nobleza, en fama y en hacienda, tanto con mayor valor se ha de mostrar, trayendo a la memoria que las más esforzadas legiones toman la vanguardia. Las afrentas, las malas palabras, las ignominias y los demás denuestos, súfralos como vocería de los enemigos y como armas y piedras remotas que, sin hacer herida, hacen estruendo cerca de los morriones; súfrelas sin mostrar flaqueza y sin perder el puesto, las unas como heridas dadas en las armas y las otras en el pecho; y aunque te aprieten, y con molesta violencia te compelan, es torpeza el rendirte; defiende, pues, el puesto que te señaló la naturaleza. Y si me preguntas qué puesto es éste, te responderé que el de varón. El sabio tiene otro socorro diverso del vuestro, porque vosotros estáis en la pelea, y para él está ya ganada la victoria; no hagáis repugnancia a vuestro bien, y mientras llegáis al que es verdadero, alentad en vuestros ánimos esta esperanza, y recibid con gusto lo que es mejor, y

confesad con opinión y con deseos el decir, que en la República del linaje humano hay alguno invencible y en quien no tiene imperio la fortuna.



TRATADO QUINTO

DE LA BREVEDAD DE LA VIDA

A PAULINO

CAPITULO PRIMERO

La mayor parte de los hombres, oh Paulino, se queja de la Naturaleza, culpándola de que nos haya criado para edad tan corta, y que el espacio que nos dió de vida corra tan veloz, que vienen a ser muy pocos aquellos a quienes no se les acaba en medio de las prevenciones para pasarla. Y no es sola la turba del imprudente vulgo la que se lamenta de este opinado mal, que también su afecto ha despertado quejas en los excelentes varones, habiendo dado motivo a la ordinaria exclamación de los médicos, *que, siendo corta la vida, es larga y difusa el arte*. De esto también se originó la quere-lla —indigna de varón sabio— que Aristóteles dió: que, siendo la edad de algunos animales brutos tan

larga, que en unos llega a cinco siglos y en otros a diez, sea tan corta y limitada la del hombre, creado para cosas tan superiores. El tiempo que tenemos no es corto; pero, perdiendo mucho de él, hacemos que lo sea, y la vida es suficientemente larga para ejecutar en ella cosas grandes, si la empleamos bien. Pero al que se le pasa en ocio y en deleites, y no la ocupa en loables ejercicios, cuando le llega el último trance conocemos que se le fué, sin que él haya entendido que caminaba. Lo cierto es que la vida que se nos dió no es breve; nosotros hacemos que lo sea. Y que no somos pobres, sino pródigos del tiempo, sucediendo lo que a las grandes y reales riquezas, que si llegan a manos de dueños poco cuerdos se disipan en un instante, y, al contrario, las cortas y limitadas, entrando en poder de pródigos administradores, crecen con el uso. Así, nuestra edad tiene mucha latitud para los que usaren bien de ella.

CAPITULO II

¿Para qué nos quejamos de la Naturaleza, pues ella se hubo con nosotros benignamente? Larga es la vida, si la sabemos aprovechar. A uno detiene la insaciable avaricia; a otro, la cuidadosa diligencia de inútiles trabajos. Uno se entrega al vino; otro, con la ociosidad, se entorpece; a otro fatiga la ambición, pendiente siempre de ajenos pareceres; a unos lleva por diversas tierras y mares la despeñada codicia de mercancías, con esperanzas de ganancia; a otros atormenta la militar inclinación, sin jamás quedar advertido con los ajenos peligros ni escarmentados con los propios. Hay otros que, en veneración no agradecida de superiores, consumen su edad en voluntaria servidumbre; a muchos detiene la emulación de ajena fortuna o el aborrecimiento de la propia; a otros trae una inconstante y siempre descontenta liviandad, vacilando entre varios pareceres, y algunos hay que, no agradándose de ocupación alguna a que dirijan su carrera, los hallan los hados marchitos y voceando de tal manera, que no dudo ser verdad lo

que en forma de oráculo dijo el mayor de los poetas: *pequeña parte de vida es la que vivimos*; porque lo demás es espacio, y no vida, sino tiempo. Por todas partes los cercan apretantes vicios, sin dar lugar a que se levante jamás y sin permitir que pongan los ojos en el rostro de la verdad; y, teniéndolos sumergidos y asidos en sus deseos, los oprimen. Nunca se les da lugar a que vuelvan sobre sí, y si acaso tal vez les llega alguna no esperada quietud, aun entonces andan fluctuando, sucediéndoles lo que al mar, en quien después de pacificados los vientos quedan alteradas las olas, sin que jamás les solicite el descanso a dejar sus deseos. ¿Piensas que hablo sólo de aquellos cuyos males son notorios? Pon los ojos en los demás, a cuya felicidad se arriman muchos, y verás que aun éstos se ahogan con sus propios bienes. ¿A cuántos son molestas sus mismas riquezas? ¿A cuántos ha costado su sangre el vano deseo de ostentar su elocuencia en todas ocasiones? ¿Cuántos con sus continuos deleites se han puesto pálidos? ¿A cuántos no ha dejado un instante de libertad el frecuente concurso de sus paniaguados? Pasa, pues, desde los más ínfimos a los más empinados, y verás que éste ahoga, el otro asiste, aquél peligra, éste defiende y otro sentencia, consumiéndose los unos en los otros. Pregunta la vida de

éstos, cuyos nombres se celebran, y verás que te conocen por las señales, que éste es reverenciador de aquél, aquél del otro y ninguno de sí. Con lo cual es ingorantísima la indignación de algunos, que se quejan del sobrecejo de los superiores cuando no los hallan desocupados yendo a visitarlos. ¿Es posible que los que, sin tener ocupación, no están jamás desocupados para sí mismos, han de tener atrevimiento para condenar por soberbia lo que quizá es falta de tiempo? El otro, séase el que se fuere, por lo menos tal vez, aunque con rostro mesurado, puso los ojos en ti, tal vez te oyó y tal vez te admitió a su lado, y tú jamás te has dignado de mirarte ni oírte.

CAPITULO III

No hay para que cargues a los otros estas obligaciones, pues cuando fuiste a buscarlos no fué tanto para estar con ellos cuanto porque no podías estar contigo. Aunque concurren en esto todos los ingenios que resplandecieron en todas las edades, no acabarán de ponderar suficientemente esta niebla de los humanos entendimientos. No consienten que nadie les ocupe sus heredades, y, por pequeña que sea la diferencia que se ofrece en asentar los linderos, vienen a las piedras y a las armas; y, tras eso, no sólo consienten que otros se les entren en su vida, sino que ellos mismos introducen a los que han de ser los poseedores de ella. Ninguno hay que quiera repartir sus dineros, habiendo muchos que distribuyen su vida; muéstranse miserables en guardar su patrimonio, y cuando se llega a la pérdida de tiempo son pródigos de aquello en que fuera justificada la avaricia. Deseo llamar a alguno de los ancianos, y pues tú lo eres, habiendo llegado a lo último de la edad humana, teniendo cerca de cien años o más, veñ acá, llama

a cuentas a tu edad. Dime: ¿cuánta parte de ella te consumió el acreedor, cuánta el amigo, cuánta la República y cuánta tus allegados, cuánta los disgustos con tu mujer, cuánto el castigo de los esclavos, cuánta el apresurado paseo por la ciudad? Junta a esto las enfermedades tomadas con tus manos, añade el tiempo que se pasó en ociosidad, y hallarás que tienes muchos menos de los que cuentas. Trae a la memoria si tuviste algún día firme determinación y si le pasaste en aquello para que le habías destinado. Qué uso tuviste de ti mismo; cuándo estuvo en un sér el rostro; cuándo el ánimo sin temores; qué cosa hayas hecho para ti en tan larga edad; cuántos hayan sido los que te han robado la vida, sin entender tú lo que perdías; cuánto tiempo te han quitado el vano dolor, la ignorante alegría, la hambrienta codicia y la entretenida conversación; y, viendo lo poco que a ti te has dejado de ti, juzgarás que mueres malogrado.

CAPITULO IV

¿Cuál, pues, es la causa de esto? El vivir como si hubiérades de vivir para siempre, sin que vuestra fragilidad os despierte. No observáis el tiempo que se os ha pasado, y así gastáis de él como de caudal colmado y abundante, siendo contingente que el día que tenéis determinado para alguna acción sea el último de vuestra vida. Teméis, como mortales, todas las cosas, y, como inmortales, las deseáis. Oirás decir a muchos que, en llegando a cincuenta años, se han de retirar a la quietud, y que el de sesenta les jubilará de todos los oficios y cargos. Dime: cuando esto propones, ¿qué seguridad tienes de más larga vida? ¿Quien te consentirá ejecutar lo que dispones? ¿No te avergüenzas de reservarte para las sobras de la vida, destinando a la virtud sólo aquel tiempo, que para ninguna cosa es de provecho? ¡Oh cuán tardía acción es comenzar la vida cuando se quiere acabar! ¡Qué necio olvido de la mortalidad es diferir los santos consejos hasta los cincuenta años, comenzando a vivir en edad a que son pocos los

que llegan! A muchos de los poderosos que ocupan grandes puestos oirás decir que codician la quietud, que la alaban y la prefieren a todos los bienes, que desean —si con seguridad lo pudiesen hacer— bajar de aquella altura, porque cuando falten males exteriores que les acometan y combatan, la misma buena fortuna se cae de suyo.

CAPITULO V

El divo Augusto, a quien los dioses concedieron más bienes que a otro alguno, andaba siempre deseando la quietud y pidiendo le descargasen del peso de la República. Todas sus pláticas iban enredrezadas a prevenir descanso, y con este dulce, aunque fingido, consuelo de que algún día había de vivir para sí entretenía sus trabajos. En una carta que escribió al Senado, en que prometía que su descanso no sería desnudándose de la dignidad ni desviándose de su antigua gloria, hallé estas palabras: *Aunque estas cosas se pueden hacer con más gloria que prometerse; pero el alegría de haber llegado al deseado tiempo me ha puesto tan adelate, que aunque hasta ahora me detiene el gusto de los buenos sucesos, me recreo y recibo deleite con la dulzura de estas pláticas.* De tan grande importancia juzgaba ser la quietud, que, ya que no podía conseguirla, se deleitaba en proponerla. Aquél que veía pender todas las cosas de su voluntad, y el que hacía felices a todas las naciones, ese cuidaba gustoso del día en que se había de des-

nudar de aquella grandeza. Conocía con experiencia cuánto sudor le habían costado aquellos bienes, que en todas partes resplandecen, y cuánta parte de encubiertas congojas encierran, habiéndose hallado forzado a pelear primero con sus ciudadanos; después, con sus compañeros, y, últimamente, con sus deudos, en que, derramando sangre en mar y tierra, acosado por Macedonia, Sicilia, Egipto, Siria y Asia, y casi por todas las demás provincias del orbe, pasó a batallas externas los ejércitos cansados de mortandad romana, mientras pacifica los Alpes y doma los enemigos mezclados en la paz y en el Imperio; y mientras ensancha los términos, pasándolos del Reno, Eufrates y Danubio, se estaban afilando contra él, en la misma ciudad de Roma, las espadas de Murena, de Scipión, de Lépido y los Egnacios; y apenas había deshecho las asechanzas de éstos, cuando su propia hija y muchos mancebos nobles, atraídos con el adulterio como si fuera con juramento, ponían temor a su quebrantada vejez, después de lo cual le quedaba una mujer a quien temer otra vez con Antonio. Cortaba estas llagas, cortando los miembros, y al punto nacían otras; y como en cuerpo cargado con mucha sangre, se alteraban siempre algunas partes de él. Finalmente, deseaba la quietud, y en la esperanza y pensamiento de

ella descansaban sus trabajos. Este era el deseo de quien podía hacer que todos consiguiesen los suyos. Marco Tulio Cicerón, perseguido de los Catilinas, Clodios, Pompeyos y Crasos, los unos enemigos manifiestos y otros no seguros amigos; mientras arrimando el hombro tuvo a la República que se iba a caer, padeció con ella tormentas; apartado finalmente, y no quieto con los prósperos sucesos, y mal sufrido con los adversos, abominó muchas veces de aquel su Consulado tan sin fin, aunque no sin causa alabado. ¡Qué lamentables palabras pone en una carta que escribió a Atico después de vencido Pompeyo, y estando su hijo rehaciendo en España las quebrantadas armas! *¿Pregúntasme —dice— qué hago aquí? Estoyme en mi Tusculano medio libre.* Y añadiendo después otras razones, en que lamenta la edad pasada, se queja de la presente y desconfía de la venidera. Llamóse Cicerón medio libre, y verdaderamente no le convenía tomar tan abatido apellido, pues el varón sabio no es medio libre; siempre goza de entera y sólida libertad, y siendo suelto y gozando de su derecho, sobrepuja a los demás, no pudiendo haber quien tenga dominio en aquel que tiene imperio sobre la fortuna (1).

(1) No hay fortuna; todo sucede según la ciencia divina.

CAPITULO VI

Habiendo Livio Druso, hombre áspero y vehementemente, removido las nuevas leyes y los daños de Graco, estando acompañado de grande concurso de toda Italia, no habiendo antevisto el fin de las cosas, que ni podía ejecutar ni tenía libertad para retroceder en ellas, detestando su vida desde la niñez inquieta, se cuenta que dijo que él solo era quien, siendo muchacho, no había tenido un día de descanso. Atrevióse antes de salir de la edad pupilar y de quitarse la ropa pretexto a favorecer con los jueces las causas de los culpados, interponiendo su favor con tanta eficacia, que consta haber violentado algunos pareceres. ¿Hasta dónde no había de llegar tan anticipada ambición? Claro está que aquella tan acelerada audacia había de parar en grande mal particular y público. Tarde, pues, se quejaba de que no había tenido un día de quietud, habiendo sido sedicioso desde niño y pesado a los Tribunales. Dúdase si se mató él mismo, porque cayó habiendo recibido una repentina herida en la hingle, dudando alguno si en él fué la muer-

te voluntaria o venida en sazón. Superfluo será el referir muchos que, siendo tenidos de los demás por dichosísimos, dieron ellos mismos verdadero testimonio de sí; pero en estas quejas ni se enmendaron ni enmendaron a otros, porque al mismo tiempo que las publicaban con palabras volvían los afectos a su antigua costumbre. Lo cierto es que, aunque llegue nuestra vida a mil años, se reduce a ser muy corta. En cada siglo se consumen todas las cosas, siendo forzoso que este espacio de tiempo en que, aunque corre la Naturaleza, la apresura la razón, se nos huya con toda ligereza, porque ni impedimos ni detenemos el curso de la cosa más veloz, antes consentimos se vaya como si no fuese necesaria y se pudiese recuperar. En primer lugar pongo aquellos que jamás están desocupados sino para el vino y Venus (1), porque éstos son los más torpemente entretenidos, que los demás que pecan engañados con apariencia de gloria vana, yerran con cubierta de bien. Ora me hables de los avarientos, ora de los airados, ora de los guerreros; todos estos pecan más varonilmente; pero la mancha de los inclinados a sensualidad y deleites es torpe. Examina los días de éstos, mira el tiempo que se les va en contar, en acechar, en temer, en reverenciar,

(1) Otros pecados hoy más graves; pero éstos son los más necios.

y cuánto tiempo les ocupan sus conciertos y los ajenos, cuánto los convites, que ya vienen a tenerse por oficio, y conocerás que ni sus males ni sus bienes los dejan respirar; finalmente, es doctrina comúnmente recibida, que ninguna acción de los ocupados en estas cosas puede ser acertada, no la elocuencia ni las artes liberales; porque el ánimo estrechado no es capaz de cosas grandes, antes las desecha como holladas; y el hombre ocupado, en ninguna cosa tiene menor dominio que en su vida, por ser dificultosísima la ciencia de vivir.

CAPITULO VII

De las demás artes, donde quiera se encuentran muchos profesores, y algunas hay que aun los muy niños las han aprendido de modo que las pudieran enseñar; mas la de vivir toda la vida se ha de ir estudiando, y lo que más se debe ponderar es que toda ella se ha de gastar en aprender a morir. Muchos grandes varones, habiendo dejado todos los embarazos, renunciando las riquezas, oficios y entretenimientos, no se ocuparon en otra cosa hasta el remate de su vida, sino en el arte de saber vivir; y muchos de ellos murieron confesando que aún no habían llegado a conseguirla; ¿cómo, pues, la sabrán los que no la estudian? Créeme que es de hombres grandes, y que sobrepujan a los humanos errores, no consentir que se les usurpe un instante de tiempo, con lo cual viene a ser larguísima su vida, porque todo lo que ella se extendió fué para ellos, no consintiendo hubiese cosa ociosa y sin cultivar; no entregaron parte alguna al ajeno dominio, porque no hallaron equivalente recompensa con que permutar el tiempo; y así fueron vigilantísimos

guardadores de él, con lo cual les fué suficiente; al contrario, es forzoso les falte a los que el pueblo ha quitado mucha parte de la vida. Y no entiendas que éstos dejan de conocer que de aquella causa les procede este daño; a muchos de estos, a quien la grande felicidad apesga, oirás exclamar entre la caterva de sus paniaguados, o en el despacho de los negocios, o en las demás honrosas miserias, que no les es permitido vivir. ¿Qué maravilla que no se les permita? Todos aquellos que se te allegan, te apartan de ti. ¿Cuántos días te quitó el preso, cuántos el pretendiente, cuántos la vieja cansada de enterrar herederos, cuántos el que se fingió enfermo para despertar la avaricia de los que codician su herencia, cuántos el amigo poderoso que te tiene, no para amistad, sino para ostentación? Haz, te ruego, un abanzo, y cuenta los días de tu vida, y verás cuán pocos y desechados han sido los que has tenido para ti. El otro que llegó a conseguir el consulado que tanto pretendió, desea dejarlo, y dice: *¿Cuándo se acabará este año?* Tiene el otro a su cargo las fiestas, habiendo hecho gran aprecio de que le cayó por suerte la comisión, y dice: *¿Cuándo saldré de este cuidado?* Escogen a uno para abogado entre todos los demás, y llénase el Tribunal de gente para oírle, aun hasta adonde no alcanza su voz, y dice: *¿Cuándo se acabará de sen-*

tenciar este pleito? Cada cual precipita su vida, trabajando con el deseo de lo futuro y con el hastío de lo presente. Pero aquel que aprovecha para sí todo su tiempo, y el que ordena todos sus días para que le sean de vida, ni desea, ni teme al día venidero; porque, ¿qué cosa le puede acarrear que le sea disgusto? Conocidas tiene con hartura todas las cosas, en lo demás disponga la fortuna como quisiere, que ya la vida de éste está en puerto seguro; podrásele añadir algo, pero quitar no; sucediéndole lo que al estómago, que estando satisfecho, y no cargado, admite algún manjar sin haberle apetecido.

CAPITULO VIII

No juzgues, pues, que alguno ha vivido mucho tiempo por verle con canas y con arrugas; que aunque ha estado mucho tiempo en el mundo, no ha vivido mucho. ¿Dirás tú, por ventura, que navegó mucho aquel que, habiendo salido del puerto, le trajo la cruel tempestad de una parte a otra, y forzado de la furia de encontrados vientos, anduvo dando bordos en un mismo paraje? Este, aunque padeció mucho, no navegó mucho. Suélome admirar cuando veo algunos que piden tiempo, y que los que lo han de dar se muestran fáciles. Los unos y los otros ponen la mira en el negocio para que se pide el tiempo, pero no la ponen en el mismo tiempo; y como si lo que se pide y lo que se da fuera de poquísimo valor, se desprecia una cosa tan digna de estimación. Engáñalos el ver que el tiempo no es cosa corpórea, ni se deja comprehender con la vista, y así le tienen por cosa vilísima y de ningún valor. Algunos carísimos varones reciben gajes de otros, y por ellos alquilan su trabajo, su cuidado y su diligencia; pero del tiempo no hay quien haga apre-

cio; usan de él pródigamente, como de cosa dada gratuitamente. Pon los ojos en los que esto hacen y míralos cuando están enfermos, y cuando se les acerca el peligro de la muerte y temen el capital suplicio, y verás que dicen, tocando las rodillas de los médicos, que están dispuestos a dar toda su hacienda por conservar la vida : tan diversa es en ellos la discordia de los afectos. Y si como podemos traer a cada uno a la memoria el número de los años que se le han pasado, pudiésemos tener certeza de los que le quedan, ¡oh cómo temblarían aquellos a quien les quedasen pocos, y cómo huirían de disiparlos! La disposición de lo que es cierto, aunque sea poco, es fácil; pero conviene guardar con mayor diligencia aquello que no sabes cuándo se te ha de acabar. Y no pienses que ellos ignoran que el tiempo es cosa preciosa, pues para encarecer el amor que tienen a los que aman mucho, les suelen decir que están prontos a darles parte de sus años. Lo cierto es que, sin entenderlo, se los dan; pero dánlos, quitándoselos a sí mismos, sin que se acrezcan a los otros; pero como ignoran lo que pierden, viéneles a ser más tolerable la pérdida del no entendido daño. No hay quien pueda restituirte los años, y ninguno te restituirá a ti mismo : la edad proseguirá el camino que comenzó, sin volver atrás ni detenerse; no hará ruido, ni te advertirá de su

velocidad; pasará con silencio, no se prorrogará por mandado de los reyes ni por el favor del pueblo; correrá desde el primer día, como se le ordenó; en ninguna parte tomará posada ni se detendrá. ¿Qué se seguirá de esto? Que mientras tú estás ocupado huye apriesa la vida, llegando la muerte, para la cual, quieras o no quieras, es forzoso desocuparte.

CAPITULO IX

¿Por ventura alguno (hablo de aquellos que se precian de prudentes), viviendo con más cuidado, podrá conseguir el vivir con más descanso? Disponen la vida haciendo cambios y recambios de ella, y extienden los pensamientos a término largo, consistiendo la mayor pérdida de la vida en la dilación; ella nos saca de las manos el primero día, ella nos quita las cosas presentes, mientras nos está ofreciendo las futuras; siendo gran estorbo para la vida la esperanza, que pende de lo que ha de suceder mañana. Pierdes lo presente, y disponiendo de lo que está en las manos de la fortuna, dejas lo que está en las tuyas. ¿Adónde pones la mira? ¿Hasta dónde te extiendes? Todo lo que está por venir, es incierto. Vive, desde luego, y advierte que el mayor de los poetas, como inflamado de algún divino oráculo, cantó aquel saludable verso : *El mejor día de la primera edad es el primero que huye a los mortales*. ¿Cómo te detienes?, dice. ¿Cómo tardas? El tiempo huye, si no le ocupas; y aunque le ocupes, huye; y así se ha de contrastar su celeridad

con la presteza de aprovecharle, cogiendo con prisa el agua, como de arroyo rápido que en pasando la corriente queda seco. También es muy a propósito para condenar los pensamientos prolongados, que no llamó buena a la edad, sino al día.

CAPITULO X

¿Cómo, pues, en tan apresurada huída del tiempo, quieres tú con seguridad y pereza extender en una larga continuación los meses y los años, regulándolos a tu albedrío? Advierte que el Poeta habló contigo, cuando habló del día, y del día que huye. No se debe, pues, dudar que huye el primero buen día a los miserables, y ocupados hombres, cuyos pueriles ánimos oprime la vejez, llegando a ella desapercibidos y desarmados. No hicieron preven- ciones y dieron de repente en sus manos, no echan- do de ver que cada día se les iba acercando suce- diéndolos lo que a los caminantes, que entretenidos en alguna conversación, o alguna lectura, o algún interior pensamiento, echan de ver que han llegado al lugar antes que entendiesen estaban cerca. Así este continuo y apresurado viaje de la vida, en que vamos a igual paso los dormidos y los despiertos, no lo conocen los ocupados, sino cuando se acabó.

CAPITULO XI

Si hubiera de probar con ejemplos y argumentos lo que he propuesto, ocurriéranme muchos con que hacer evidencia, que la vida de los ocupados es brevísima. Solía decir Fabiano (no de estos filósofos de cátedra, sino de los verdaderos y antiguos) que contra las pasiones se había de pelear con ímpetu, y no con sutileza, ahuyentando el escuadrón de los afectos, no con pequeños golpes, sino con fuertes encuentros; porque para deshacerle no bastan ligeras escaramuzas, sino heridas que corren. Pero para avergonzarlos de sus culpas, no basta condolernos de ellos; menester es enseñarles. En tres tiempos se divide la vida: en presente, pasado y futuro. De éstos el presente es brevísimo, el futuro dudoso, el pasado cierto; porque éste, que con ningún Imperio puede volver atrás, y en él perdió ya su derecho la fortuna, es el que no gozan los ocupados, por faltarles tiempo para poner los ojos en lo pasado; y si tal vez le tienen, es desabrida la memoria de las cosas pasadas, porque contra su voluntad reducen al ánimo los tiempos mal emplea-

dos, sin tener osadía de acordarse de ellos; porque los vicios, que con algún halago de deleite presente se iban entrando con disimulación, se manifiestan con la memoria de los pasados. Ninguno otro, sino aquel que reguló sus acciones con el nivel de la buena conciencia, que jamás se deja engañar culpablemente, hace con gusto reflexión en la vida pasada; pero el que con ambición deseó muchas cosas, el que las despreció con soberanía y las adquirió con violencia, el que engañó con asechanzas, robó con avaricia y despreció con prodigalidad, es forzoso tema a su misma memoria. Esta parte del tiempo pasado es una cosa sagrada y dedicada, libre ya de todos los humanos acontecimientos, y exenta del Imperio de la fortuna, sin que le aflijan pobreza o miedo, ni el concurso de varias enfermedades. Esta no puede inquietarse, ni quitarse, por ser su posesión perpetua y libre de recelos. El tiempo presente es sólo de días singulares, y su presencia consiste en instantes. Pero los días del tiempo pasado, siempre que se lo mandares, parecerán en tu presencia, consintiendo ser detenidos para ser residenciados a tu albedrío; si bien para este examen falta tiempo a los ocupados; que el discurrir sobre toda la vida pasada, es dado solamente a los entendimientos quietos y sosegados. Los ánimos de los entretenidos están como debajo de yugo, no pueden mirar-

se, ni volver la cabeza. Anegóse, pues, su vida, y aunque le añadas lo que quisieres, no fué de más provecho que lo es la nada, si no exceptuaron y reservaron alguna parte. De poca importancia es el darles largo tiempo, si no hay en qué haga asiento, y se guarde: piérdeseles por los rotos y agujereados ánimos. El tiempo presente es brevísimo, de tal manera que algunos dicen que no le hay, porque siempre está en veloz carrera, corre, y precipítase. y antes deja de ser que haya llegado, sin ser más capaz a detenerse, que el orbe y las estrellas, cuyo movimiento es sin descanso, y sin pararse en algún lugar. No gozan, pues, los ocupados más que del tiempo presente, el cual es tan breve que no se puede comprehender, y aun éste se les huye estando ellos distraídos en diversas cosas.

CAPITULO XII

¿Quieres, finalmente, saber lo poco que viven? Pues mira lo mucho que desean vivir. Mendigan los viejos decrepitos, a fuerza de votos, el aumento de algunos pocos años. Finjense de menos edad y lisonjéanse con la mentira; engañanse con tanto gusto como si juntamente engañaran a los hados. Pero cuando algún accidente les advierte la mortalidad, mueren como atemorizados, no como los que salen de la vida, sino como excluidos de ella. Dicen a voces que fueron ignorantes en no haber vivido, y que si escapan de aquella enfermedad, han de vivir en descanso; conocen entonces cuán en vano adquirieron los bienes que no han de gozar, y cuán perdido fué todo afán. Pero ¿qué cosa estorba, que la vida de los que la pasan apartados de negocios no sea larga? Ninguna parte de ella se emplea en diferente fin; nada se desperdicia, nada se da a la fortuna, nada con negligencia se pierde, nada se disminuye con dádivas, nada hay infructuoso; y para decirlo en una palabra, toda ella está dando réditos; y así, por pequeña que sea, es suficiente.

De que se seguirá que cada y cuando que al varón sabio se llegare el último día, no se detendrá en ir a la muerte con paso deliberado. Preguntarásme, por ventura, ¿a qué personas llamo ocupadas? No pienses que hablo sólo de aquellos que, para que desocupen los Tribunales, es necesario soltar los perros, y que tienen por honrosos los encontrones que les dan los que los siguen, y por afrentosos los que reciben de los que no les acompañan; ni aquellos a quien sus oficios los sacan de sus casas para chocar con las puertas ajenas; ni aquellos a quien enriquece la vara del juez con infames ganancias, que tal vez crían postema. El ocio de algunos está ocupado en su aldea, o en su cama; pero en medio de la soledad, aunque se apartaron de los demás, ellos mismos se son molestos; y así de éstos no hemos de decir que tienen vida descansada, sino ocupación ociosa.

CAPITULO XIII

¿Llamarás tú desocupado al que gasta la mayor parte del día en limpiar con cuidadosa solicitud los vasos de Corinto, estimados por la locura de algunos, y en quitar el orín a las mohosas medallas? ¿Al que, sentado en el lugar de las luchas, está mirando las pendencias de los mozos? Porque ya (¡oh grave mal!) no sólo enfermamos con vicios romanos. ¿Al que está apareando los rebaños de sus esclavos, dividiéndolos por edades y colores, y al que banquetea a los que vencen en la lucha? ¿Por qué llamas descansados a aquellos que pasan muchas horas con el barbero mientras les corta el pelo que creció la noche pasada, y mientras se hace la consulta sobre cualquier cabello, y mientras las esparcidas guedejas se vuelven a componer o se compele a los desviados pelos que de una y otra parte se juntan para formar copete? Por cualquier descuido del barbero se enojan como si fueran varones; enfurécense si se les cortó un átomo de sus crines o si quedó algún cabello fuera de orden y si no entraron todos

en los rizos. ¿Cuál de éstos no quiere más que se descomponga la paz de la República que la compostura de su cabello? ¿Cuál no anda más solícito en el adorno de su cabeza que en la salud del Imperio, preciándose más de lindo que de honesto? ¿A éstos llamas tú desocupados, estando tan ocupados entre el peine y el espejo? ¿Pues qué dirás de aquellos que trabajan en componer, oír y aprender tonos, mientras con quiebras de necísima melodía violentan la voz, que naturaleza les dió con un corriente claro, bueno y sin artificio? ¿Aquellos cuyos dedos, midiéndolo algún verso, están siempre haciendo son? ¿Aquellos que, llamados para cosas graves y tristes, se les oye una tácita música? Todos estos no tienen ocio, sino perezoso negocio. Tampoco pondré convites de estos entre los tiempos desocupados, viéndolos tan solícitos en componer los aparadores, en alinear las libreas de sus criados, que suspensos están en cómo vendrá partido el jabalí por el cocinero, con qué presteza han de acudir los pajes a cualquier seña, con cuánta destreza se han de trincar las aves en no feos pedazos; cuán curiosamente los infelices mozuelos limpian la saliva de los borrachos. Con estas cosas se afecta granjear fama de curiosos y espléndidos, siguiéndoles de tal modo sus vicios hasta el fin de la vida, que ni beben ni comen

sin ambición. Tampoco has de contar entre los ociosos a los que se hacen llevar de una parte a otra en silla o en litera, saliendo al encuentro a las horas del paseo, como si el dejarle no les fuera lícito. Otro les advierte cuándo se han de lavar, cuándo se han de bañar, cuándo han de cenar; y llega a tanto la enfermedad de ánimo relajado y dejativo, que no pueden saber por sí si acaso tienen hambre. Oí decir de uno de estos delicados, si es que se puede llamar deleite ignorar la vida y costumbres de hombres, que, habiéndole sacado de un baño en brazos y sentándole en una silla, que dijo, preguntando, si estaba sentado. ¿Piensas tú que éste, que ignora si está sentado, sabe si vive, si ve y si está ocioso? No sé si me compadezca más de que lo ignorase o de que fingiese ignorarlo. Muchas son las cosas que ignoran y muchas en las que imitan la ignorancia; deleítanles algunos vicios, y teniéndolos por argumento de su felicidad, juzgan que es de hombres bajos el saber lo que han de hacer. Dirás que los poetas han fingido muchas cosas para zaherir las demasías. Pues créeme que es mucho más lo que se les pasa por alto que lo que fingen, habiendo en este nuestro infeliz siglo (para sólo esto ingenioso) pasado tan adelante la abundancia de increíbles vicios, que podemos llegar a condenar la ne-

gligencia de las sátiras, habiendo alguno tan muerto en sus deleites que cometa a juicio ajeno el saber si está sentado o no.

CAPITULO XIV

Este, pues, no se debe llamar ocioso; otro nombre se le ha de poner: enfermo está o, por mejor decir, muerto. Ocioso es el que conoce su ocio; pero el que para entender sus acciones corporales necesita de quien se las advierta, éste solamente es medio vivo. ¿Cómo tendrá dominio en el tiempo? Sería prolijidad referir todos aquellos a quien los dados, el ajedrez, la pelota o el cuidado de curtirse al sol les consume la vida. No son ociosos aquellos cuyos deleites los traen afanados, y nadie duda que los que se ocupan en estudios de letras inútiles de que ya entre los romanos hay muchos, fatigándose no poco, obran nada. Enfermedad fué de los griegos investigar qué número de remeros tuvo Ulises; si se escribió primero la *Iliada* o la *Odisea*; si son entrambos libros de un mismo autor, con otras impertinencias de esta calidad, que calladas no ayudan a la conciencia y dichas no dan opinión de más docto, sino de más enfadoso. Advierte cómo se ha ido apoderando de los romanos la inútil curiosidad de aprender lo no necesario.

Estos días oí a un hombre sabio que refería que Druilo fué el primero que venció en batalla naval; que Curio Dentato, el primero que metió elefantes en el triunfo. Aunque la noticia de estas cosas no mira a la gloria verdadera, tocan sus ejemplos en materias civiles, no siendo útil su conocimiento, nos deleita con una gustosa vanidad. Perdonemos también a los que inquieren cuál fué el primero que persuadió a los romanos la navegación. Este fué Claudio Candex, llamado así porque los antiguos llamaban Candex a la trabazón de muchas tablas, y las tablas se llamaban *Códices*, y los navíos que, según la antigua costumbre, portean los bastimentos, se llaman *Caudicatas*. Permítase asimismo saber que Valerio Corvino fué el primero que sujetó a Mecina y el primero que de la familia de los Valerios se llamó Mesana, tomando el nombre de la ciudad rendida, y que, mudando el vulgo poco a poco las letras se vino a llamar *Mesala*. ¿Permitirás por ventura el averiguar si fué Lucio Sula el primero que dió en el coso leones sueltos, habiendo sido costumbre hasta entonces darlos atados? ¿Y que el rey Boco envió flecheros que los matasen? Permítase también esto. Pero, ¿qué fruto tiene el saber que Pompeyo fué el primero que metió en el Coliseo dieciocho elefantes que peleasen en modo de batalla

con los hombres delincuentes? El Príncipe de la Ciudad, y el mejor de los príncipes, como publica la fama, siendo de perfecta bondad, tuvo por fiestas dignas de memoria matar por nuevo modo los hombres. ¿Pelean? Poco es. ¿Despedázanse? Poco es. Queden oprimidos con el grave peso de aquellos animales. Harto mejor fuera que semejantes cosas se olvidaran, porque no hubiera después algún hombre poderoso que aprendiera y envidiara tan inhumana vanidad.

CAPITULO XV

¡Oh qué grande ceguera pone a los humanos entendimientos la grande felicidad!, juzgó aquel que entonces se empinaba sobre la Naturaleza, cuando exponía tanta muchedumbre de miserables hombres a las bestias nacidas debajo de otros climas; cuando levantaba guerras entre tan desiguales animales; cuando derramaba mucha sangre en la presencia del pueblo romano, a quien poco después había de forzar a que derramara mucha; y él mismo, después, engañado por la maldad de Alejandrina, se entregó a la muerte por mano de un vil esclavo, conociéndose entonces la vana jactancia de su sobrenombre. Pero, volviendo al punto de que me divertí, mostraré en otra materia la inútil diligencia de algunos. Contaba este mismo sabio que, triunfando Metelo de los cartagineses, vencidos en Sicilia, fué solo entre los romanos el que llevó delante del carro ciento veinte elefantes cautivos; que Sila fué el último de los romanos que extendió la ronda de los muros, no habiendo sido costumbre de los antiguos alargarla cuando

se adquiriría nuevo campo en la provincia, sino cuando se ganaba en Italia. El saber esto es de más provecho que averiguar si el monte Aventino está fuera de la ronda, como éste mismo afirmaba, dando dos razones: o porque la plebe se retiró a él, o porque, consultando Remo en aquel lugar los agüeros, no halló favorables las aves, diciendo otras innumerables cosas que o son fingidas o semejantes ficciones, porque aunque les concedas escriban estas cosas con buena fe y con riesgo de su crédito, dime: ¿qué culpas se enmendarán con esta doctrina? ¿Qué deseos enfrena? ¿A quién hace más fuerte, más justo o más liberal? Solía decir nuestro Fabiano que dudaba si era mejor no ocuparse en algunos estudios o embarazarse en éstos. Sólo aquéllos gozan de quietud que se desocupan para admitir la sabiduría, y sólo ellos son los que viven; porque no sólo aprovechan su tiempo, sino que le añaden todas las edades, haciendo propios suyos todos los años que han pasado; porque, si no somos ingratos, es forzoso confesar que aquellos clarísimos inventores de las sagradas ciencias nacieron para nuestro bien y encaminaron nuestra vida. Con trabajo ajeno somos adiestrados al conocimiento de cosas grandes, sacadas de las tinieblas a la luz. Ningún siglo nos es prohibido, a todos somos admitidos; y si con la grandeza de áni-

mo quisiéremos salir de los estrechos límites de la imbecilidad humana, habrá mucho tiempo en que poder espaciarnos. Podremos disputar con Sócrates, dificultar con Carneades, aquietarnos con Epicuro, vencer con los estoicos la inclinación humana, adelantarla con los cínicos y andar juntamente con la Naturaleza en compañía de todas las edades. ¿Cómo, pues, en este breve y caduco tránsito del tiempo no nos entregamos de todo corazón en aquellas cosas que son inmensas y eternas y se comunican con los mejores? Estos que andan pasando de un oficio en otro, inquietando a sí y a los demás, cuando hayan llegado a lo último de su locura, y cuando hayan visitado cada día los umbrales de todos los ministros, y cuando hayan entrado por todas las puertas que hallaron abiertas, cuando hayan ido por diferentes casas, haciendo sus interesadas visitas, a cuántos podrán ver en tan inmensa ciudad, divertida en varios deseos. ¡Qué de ellos encontrarán cuyo sueño, cuya lujuria o cuya descortesía los desechen! ¡Cuántos que, después de haberlos atormentado con hacerles esperar, se les escapen con una fingida prisa! ¡Cuántos que, por no salir por los zaguanes, llenos de sus paniaguados, huirán por las secretas puertas falsas, como si no fuera mayor inhumanidad engañar que despedir! ¡Cuántos soñolientos y pesados,

con la embriaguez contraída la noche antes, con un arrogante bostezo, abriendo apenas los labios, pagarán a los miserables que perdieron su sueño por guardar el ajeno, las saluciones infinitas veces repelidas! Sólo aquellos podemos decir están detenidos en verdaderas ocupaciones, que se precisan tener continuamente por muy amigos a Zenón, a Pitágoras, a Demócrito, a Aristóteles y Teofastro y los demás varones eminentes en las buenas ciencias. Ninguno de éstos estará ocupado, ninguno dejará de enviar más dichoso y más amador de sí al que viniere a comunicarlos; ninguno de ellos consentirá que los que comunicaren salgan con las manos vacías. Estos, a todas horas, de día y de noche, se dejan comunicar de todos; ninguno de ellos te forzará a la muerte, y todos ellos te enseñarán a morir. Ninguno hollará tus años, antes te contribuirán de los suyos. Ninguna conversación suya te será peligrosa; no será culpable su amistad ni costosa su veneración.

CAPITULO XVI

De su comunicación sacarás el fruto que quisieres, sin que por ellos quede el que consigas más cuanto más sacares. ¡Qué felicidad y qué honrada vejez espera al que se puso debajo de la protección de ésta! Tendrá con quien deliberar de las materias grandes y pequeñas, a quien consultar cada día en sus negocios y de quién oír verdades sin injurias y alabanzas sin adulación, y una idea, cuya semejanza imite. Solemos decir que no estuvo en nuestra potestad elegir padres, habiéndonoslos dado la fortuna; con todo eso, habiendo tantas familias de nobilísimos ingenios, no viene a ser lícito nacer a nuestro albedrío. Escoge a cuál de ellas quieres agregarte, que no sólo serás adoptado en el apellido, sino para gozar aquellos bienes que no se dan para guardarlos con malignidad y bajeza, siendo de calidad que se aumentan más cuando se reparten en más. Estas cosas te abrirán el camino para la eternidad, colocándote en aquella altura, de la cual nadie será derribado. Sólo este medio hay con que extender la mortalidad o,

para decirlo mejor, para convertirla en inmortalidad. Las honras y las memorias, y todo lo demás que o por sus decretos dispuso la ambición o levantó con fábricas, con mucha brevedad se deshace; no hay cosa que no destruya la vejez larga, consumiendo con más prisa lo que ella misma consagró. Sólo la sabiduría es a quien no se puede hacer injuria; no la podrá borrar la edad presente ni la disminuirá la futura, antes la que viniera añadirá alguna parte de veneración, porque la envidia siempre hace su morada en lo cercano, y con más sinceridad nos admiramos de lo más remoto. Tiene, pues, la vida del sabio grande latitud; no la estrechan los términos que a la de los demás; él solo es libre de las leyes humanas (1); sirvenle todas las edades como a Dios; comprende con la recordación el tiempo pasado, aprovechase del presente y dispone el futuro, con lo cual la unión de todos los tiempos hace que sea larga su vida, siendo muy corta y llena de congojas la de aquellos que se olvidan de lo pasado, no cuidan de lo presente y temen lo futuro, y cuando llegan a sus postrimerías conocen tarde los desdichados que estuvieron ocupados mucho tiempo en hacer lo que en sí es nada.

(1) No es porque no se le sujetó a ellas, sino porque las guarda sin repugnancia.

CAPITULO XVII

Y no tengas por suficiente argumento, para probar que tuvieron larga vida, el haber algunas veces llamado a la muerte; atórméntalos su imprudencia con inconstantes afectos, que, incurriendo en lo mismo que temen, desean muchas veces la muerte porque la temen. Tampoco es argumento para juzgar larga la vida el quejarse de que son largos los días y que van espaciosas las horas para llegar al tiempo señalado para el convite. Porque si tal vez los dejan sus ocupaciones, se abrasan en el descanso, sin saber cómo lo desecharán o cómo lo aprovecharán; y así, luego buscan alguna ocupación, teniendo por pesado el tiempo que están sin ella, sucediéndoles lo que a los que esperan el día destinado para los juegos gladiatorios o para otro algún espectáculo o fiesta, que desean pasen aprisa los días intermedios, porque tienen por prolija la dilación que retarda lo que esperan para llegar a aquel tiempo, que al que le ama es breve y precipitado, haciéndose más breve por su culpa, porque, sin tener consistencia en los deseos, pasan de

una cosa en otra. A éstos no son largos, sino molestos, los días, y, al contrario, tienen por cortas las noches los que las pasan entre los lascivos abrazos de sus amigas o en la embriaguez, de que tuvo origen la locura de los poetas, que alentaron con fábulas las culpas de los hombres, fingiendo que Júpiter, enviciado en el adulterio de Alcmena, había dado duplicadas horas a la noche. El hacer autores de los vicios a los dioses, ¿qué otra cosa es sino animar a ellos y dar a la culpa una disculpable licencia con el ejemplo de la divinidad? A éstos, que tan caras compran las noches, ¿podrán dejar de parecerles cortísimas? Pierden el día esperando la noche, y la noche con el temor del día, y aun sus mismos deleites son temerosos y desasosegados con varios recelos, entrando en medio del gusto algún congojoso pensamiento de lo poco que dura. De este afecto nació el llorar los reyes su poderío, y, sin que la grandeza de su fortuna los alegrase, les puso terror el fin que les esperaba. Extendiendo el insolentísimo rey de los persas sus ejércitos por largos espacios de tierras, sin poder comprehender su número ni medida, derramó lágrimas, considerando que dentro de cien años no había de haber vivo alguno de tan florida juventud, siendo el mismo que los llora el que les

había de apresurar la muerte; y habiendo de consumir en breve tiempo a unos en tierra, a otros en mar, a unos en batallas, a otros en huídas, ponía el temor en el centésimo año.

CAPITULO XVIII

Son, pues, sus gustos cargados de recelos, porque no estriban en fundamentos sólidos; y así, con la misma vanidad que les dió principio, se deshacen. ¿Cuáles, pues, juzgarás son aquellos tiempos, aun por su misma confesión, miserables, pues aun los en que se levantan, sobrepujando el ser de hombres, son poco serenos? Los mayores bienes son congojosos, y nunca se ha de dar menos crédito a la fortuna que cuando se muestra favorable. Para conservarnos en una buena dicha necesitamos de otra y de hacer votos para que duren los buenos sucesos, porque todo lo que viene de mano de la fortuna es inestable, y lo que subió más alto está en mayor disposición de caída, sin que cause deleite lo que amenaza ruina; y así, es forzoso que no sólo sea brevísima, sino miserable, la vida de aquellos que con gran trabajo adquieren lo que con mayor han de poseer. Consiguen con su sudor lo que desean y poseen con ansias lo que adquirieron con trabajo; y con esto no cuidan del tiempo, que, pasando una vez, jamás ha de volver. A

las antiguas ocupaciones sustituyen otras de nuevo; una esperanza despierta a otra, y una ambición a otra ambición; no se busca el fin de los trabajos, pero múdase la materia. Nuestras honras nos atormentan, pero más tiempo nos consumen las ajenas; acábase el trabajo de nuestra pretensión, y comenzamos el de las intercesiones. Dejamos la molestia de ser fiscales, y conseguimos la de ser jueces; acabóse la judicatura, pasa a contador mayor; envejeció siendo mercenario procurador de haciendas ajenas, y hállase embarazado con la propia. Dejó a Mario la milicia, y ocupóle el Consulado. Solicitó Quinctio el huir de la Dictadura, y sacáranle para ella desde el arado. Irá Scipión a las guerras de Africa sin madura edad para tan gran empresa; volverá vencedor de Aníbal y de Antíoco, será honor de su Consulado y fiador del de su hermano. Y si él no lo impidiere, le harán igual a Júpiter; y a éste, que era el amparo de la patria, acosarán civiles sediciones. Y al que supo en la juventud desechar los debidos honores, le deleitará en la vejez la ambición de un pertinaz destierro. Nunca han de faltar causas de cuidado, ora felices, ora infelices; con las ocupaciones se cierra la puerta a la quietud, deseándose siempre, sin llegar a conseguirse.

CAPITULO XIX

Desvíate, pues, ¡oh clarísimo Paulino!, del vulgo, y recógete a más seguro puerto, y no sea como arrojado por la vejez. Acuérdate de los mares que has navegado, las tormentas propias que has padecido y las que, siendo públicas, has hecho tuyas. Suficientes muestras ha dado tu virtud en inquietas y trabajosas ocasiones; experimenta ahora lo que hace en la quietud. Justo es hayas dado a la República la mayor y mejor parte de la edad; toma también para ti alguna parte de tu tiempo. Y no te llamo a perezoso y holgazán descanso, ni para que sepultes tu buena inclinación en sueño ni en deleites estimados del vulgo, que eso no es aquietarse. Hallarás, retirado y seguro, ocupaciones más importantes de las que hasta ahora has tenido. Administrando tú las rentas del Imperio con moderación de ser ajenas, con la misma diligencia que si fueran propias y con la rectitud de ser públicas, consigues amor de un oficio en que no es pequeña hazaña evitar el odio. Pero créeme que es más seguro el estar enterado de la cuenta

de tu vida que de las del pósito del trigo público. Reduce a ti ese vigor de ánimo, capacísimo de grandes cosas, y apártale de ese ministerio, que aunque es magnífico, no es apto para vida perfecta; y persuádetes que, tantos estudios como has tenido desde tu primera edad en las ciencias, no fueron a fin de que se entregasen a tu cuidado tantos millares de hanegas de trigo; de cosas mayores y más altas habías dado esperanzas. No faltarán para esa ocupación hombres de escogida capacidad y de cuidadosa diligencia. Para llevar cargas, más aptos son los tardos jumentos que los nobles caballos, cuya generosa ligereza ¿quién hay que la oprima con paso grave? Piensa asimismo de cuánto fastidio sea el exponerte a tan grande cuidado. Tu ocupación es como los estómagos humanos, que ni admiten razón ni se mitigan con equidad, porque el pueblo hambriento no se aquieta con ruegos. Pocos días después que murió Cayo César (si es que en los difuntos hay algún sentido), llevando ásperamente el haber muerto, quedando el pueblo romano en pie y con bastimentos para siete u ocho días, mientras jugando con las fuerzas del Imperio junta puentes a las naves, llegó a los cercados el último de los males, que es la falta de los bastimentos; y el querer imitar a un furioso rey extranjero, con infelicidad soberbio, le hubo de cos-

tar la pérdida y el hambre y lo que a ella se sigue, que es la ruina de todas las cosas. ¿Qué pensamiento tendrían entonces aquellos a quienes estaba encomendada la provisión del trigo público, esperando recibir hierro, piedras, fuego y espadas? Encerraban con suma disimulación, y no sin causa, en sus pechos tantos encubiertos males, por haber muchas enfermedades que se han de curar, ignorándolas los enfermos, habiendo habido muchos a quienes el conocer su enfermedad fué causa de su muerte.

CAPITULO XX

Recógete a estas cosas más tranquilas, más seguras y mayores. ¿Piensas que es igual ocupación cuidar que el trigo se eche en los graneros, sin que el fraude o negligencia de los que le portean le hayan maleado, atendiendo a que con la humedad no se dañe o escaliente, para que responda al peso y medida?, ¿o el llegarte a estas cosas sagradas y sublimes, habiendo de alcanzar con ellas la naturaleza de los dioses? ¿Y qué deleite, qué estado, qué fortuna, qué suceso espera tu alma, y en qué lugar nos ha de poner la Naturaleza cuando estemos apartados de los cuerpos? ¿Qué cosa sea la que sustenta todas las cosas pesadas del mundo, levantando al fuego a lo alto, moviendo en sus cursos las estrellas, con otras mil llenas de maravillas? ¿Quieres tú, dejando lo terreno, mirar con el entendimiento estas superiores? Ahora, pues, mientras la sangre está caliente, los vigorosos han de caminar a lo mejor. En este género de vida te espera mucha parte de las buenas ciencias, el amor y ejercicio de la virtud, el olvido de los deleites,

el arte de vivir y morir, y, finalmente, un soberano descanso. El estado de todos los ocupados es miserable; pero el de aquellos que aún no son suyas las ocupaciones en que trabajan, es miserabilísimo: duermen por sueño ajeno, andan con ajenos pasos, comen con ajena gana; hasta el amar y aborrecer, que son acciones tan libres, lo hacen mandados. Si éstos quisieren averiguar cuán breve es su vida, consideren qué parte ha sido suya. Cuando vieres, pues, a los que van pasando de una en otra judicatura, ganando opinión en los Tribunales, no les envidies; todo eso se adquiere para pérdida de la vida, y para que sólo se cuente el año de su Consulado destruirán todos sus años. A muchos desamparó la edad mientras, trepando a la cumbre de la ambición, luchaban con los principios; a otros, después de haber arribado por mil indignidades a las dignidades supremas, les llega un miserable desengaño de que todo lo que han trabajado ha sido para el epitafio del sepulcro. A otros desamparó la cansada vejez, mientras como juventud se dispone entre graves y perversos intentos para nuevas esperanzas.

CAPITULO XXI

Torpe es aquel a quien, estando en edad mayor, coge la muerte ocupado en negocios de no conocidos litigantes, procurando las lisonjas del ignorante vulgo; y torpe aquel que, antes cansado de vivir que de trabajar, murió entre sus ocupaciones. Torpe el enfermo, de quien, por verle ocupado en sus cuentas, se ríe el ambicioso heredero. No puedo dejar un ejemplo que me ocurre. Hubo un viejo, llamado Turanio, de puntual diligencia; y habiéndole Cayo César jubilado en oficio de procurador, sin haberlo él pedido, por ser de más de noventa años, se mandó echar en la cama y que su familia le llorase como a muerto. Lloraba, pues, toda la casa el descanso de su viejo dueño, y no cesó la tristeza hasta que se le restituyó aquel su trabajo: tanto se estima el morir en ocupación. Muchos hay de esta opinión, durando en ellos más el deseo que la potencia; para trabajar pelean con la imbecilidad de su cuerpo, sin condenar por pesada a la vejez por otro algún título más de porque los aparta del trabajo. La ley no

compele al soldado en pasando de cincuenta años, ni llama al senador en llegando a sesenta. Más dificultosamente alcanzan los hombres de sí mismos el descanso que de la ley; y mientras que son llevados o llevan a otros, y unos a otros se roban la quietud, haciendo los unos a los otros alternadamente miserables, pasan una vida sin fruto, sin gusto y sin ningún aprovechamiento del ánimo. Ninguno pone los ojos en la muerte; todos alargan las esperanzas, y algunos disponen también lo que es para después de la vida: grandes máquinas de sepulcros, epitafios en obras públicas, ambiciosas dotaciones para sus exequias. Ten por cierto que las muertes de éstos se pueden reducir a hachas y cirios, como entierro de niños.



TRATADO SEXTO

DE CONSOLACION

A POLIBIO

CAPITULO XX (1)

Nuestros cuerpos, comparados con otros, son robustos; pero si los reduces a la Naturaleza, que, destruyendo todas las cosas, les vuelve al estado de que las produjo, son caducos; porque, manos mortales, ¿qué cosa podrán hacer que sea inmortal? Aquellos siete milagros (y si acaso la ambición de los tiempos venideros levantare otros más admirables) se verán algún día arrasados por tierra. Así que no hay cosa perpetua, y pocas que duren mucho. Unas son frágiles por un modo y otras por otro; los fines se varían, pero todo lo que tuvo

(1) No se hallan los demás capítulos de este libro, y algunos quieren que sean continuación del libro de la brevedad de la vida.

principio ha de tener fin. Algunos amenazan al mundo con muerte (y sí es lícito creerlo); vendrá algún día que disipe este universo, que comprenda de todas las cosas humanas, sepultándolas en su antigua confusión y tinieblas. Salga, pues, alguno a llorar estas cosas, y las almas de cada uno. Lámentense también de las cenizas de Cartago, Numancia y Corinto, y si alguna otra cosa hubo que cayese de mayor altura, pues aun lo que no tiene donde caer, ha de caer. Salga asimismo otro y quéjese de que los hados —que tal vez se han de atrever a empresas inefables— no le perdonaron a él.

CAPITULO XXI

¿Quién hay de tan soberbia y desenfrenada arrogancia que en esta inevitable necesidad de la Naturaleza (que produjo todas las cosas a un mismo fin) pretenda que él y los suyos hayan de ser exentos, queriendo libertar alguna casa de la ruina que amenaza a todo el orbe? Será, pues, de gran consuelo pensar cada uno que le sucede lo que padecieron todos los que pasaron y lo que han de padecer todos los que vinieren; y juzgo que por esta causa quiso la Naturaleza que fuese común todo aquello que hizo más acerbo, porque la igualdad sirviese de consuelo en las asperezas del hado. Y no te ayudará poco el considerar que el dolor, ni a ti ni a la persona que te faltó ha de ser de provecho, con lo cual no has de querer dure lo que a entrambos ha de ser infructuoso. Si con la tristeza hemos de aprovechar algo, no rehusó dar a tu desgracia la parte de lágrimas que ha quedado de las mías, que si te han de ser de algún provecho, todavía en estos ojos consumidos con llantos domésticos hallaré algún humor. No ceses; llo-

remos, que yo quiero tomar por mía esta causa: A juicio de todos fuiste, ¡oh fortuna!, reputada por acerbísima, en haberte desviado de aquel que por beneficio tuyo había llegado a tanta estimación, que ya su felicidad (cosa que pocas veces sucede) estaba libre de la envidia. Ves aquí a quien diste el mayor dolor que pudo recibir viviéndole César; y, después de haberle cercado por todas partes, conociste que sólo ésta quedaba descubierta a tus heridas. Porque, ¿cuál otro daño le podías hacer? ¿Habíasle de quitar las riquezas? Nunca vivió sujeto a ellas, y ahora, en cuanto puede, las desecha de sí, y, en medio de tan gran felicidad en adquirirlas, ningún otro mayor fruto saca de ellas que la ocasión de despreciarlas. ¿Habías de quitarles los amigos? ¿Sabías tú que era tan amable, que con facilidad *p o d r í a* sustituir otros en lugar de los que le quitases? Porque, de todas las personas poderosas que yo he conocido en las casas de los príncipes, a sólo éste he visto cuya amistad (con ser tan útil) se busque más por afición que por interés. ¿Habíasle de quitar la buena opinión? Teníala tan asentada, que no eras poderosa a desacreditarle. ¿Habías de privarle de la salud? Conocías que su ánimo (no sólo criado, sino nacido en las ciencias) estaba de tal manera fundado, que se levantaba sobre todos los dolores del cuer-

po. ¿Habías de quitarle la vida? ¿Que tan grande daño piensas que le hacías, habiéndole prometido la fama larguísima edad? El hizo de modo que ésta le durase en la mejor parte, porque habiendo hecho excelentes obras de elocuencia, se libró de la mortalidad. Todo el tiempo que durare el da- honor a las letras, y mientras se conservare el vi- gor de la lengua latina y la gracia de la griega, vivirá entre los insignes varones, cuyos ingenios igualó; y si rehusare esto su modestia, entre aque- llos a que se aplicó.

CAPITULO XXII

Pusiste, pues, la mira en aquellos en que más le podías ofender; porque cuando cada uno es mejor, sabe por la misma razón sufrirte más cuando te ve enfurecida sin causa y tremenda entre los halagos. ¿Qué te costaba dejar libre de injurias a aquel varón, a quien parece había venido tu liberalidad, movida más por razón que por tu acostumbrado antojo? Añadamos (si te parece) a estas quejas la buena inclinación de aquel mancebo que cortaste entre sus primeros acrecentamientos. El difunto, oh Polibio, fué digno de tenerte por hermano, y tú eres dignísimo de no tener ocasión de dolerte aun por muerte de algún indirecto hermano. El tiene igual testimonio de todos los hombres que le echan menos en honor suyo, alabándole en el suyo, sin que jamás hubiese tenido acción que con gusto no le reconocieses. Tú, aun para hermano menos bueno, fueras bueno; pero habiendo tu piedad hallado en él idónea materia, se extendió con más libertad. Ninguno conoció con injuria su potencia; a nadie amenazó con que eras su hermano. Habíase ajustado al ejemplo de tu modestia; porque cuanto eres de esplendor a tu linaje le eres

de carga para que te imite, y él satisfizo a esta obligación. ¡Oh duros hados, nunca justos con las virtudes! Antes que tu hermano conociese su felicidad fué arrebatado. Bien veo que ésta mi indignación no es suficiente, porque no hay cosa tan dificultosa como hallar palabras proporcionadas a un gran dolor; pero, ¡ea!, si nos ha de ser de algún provecho, quejémonos. *¿Qué es lo que quisiste hacer, oh injusta y violenta fortuna?, ¿o tan presto te arrepentiste de tus dádivas? ¿Qué crueldad es ésta? Hiciste división entre dos hermanos, deshaciendo con sangriento robo la concordísima compañía y turbando la casa adornada de tan concordes mancebos (sin que en ellos hubiese alguno que degenerase), sin razón alguna la sacrificaste. Según esto, no es de provecho la inocencia ajustada con las leyes, ni la antigua frugalidad, no la potencia de grande felicidad, no la observada abstinencia, no el sincero y puro amor de las letras ni la conciencia limpia de toda mancha.* Lloro Polibio y, advertido con la muerte de un hermano de lo que puede temer en los demás, viene a tener temor en lo mismo que es el consuelo de su dolor. Hazaña indigna. Lloro Polibio teniendo propicio a César. Sin duda, ¡oh fortuna!, emprendiste esta crueldad para ostentar, que ninguno puede ser defendido de tus manos, aun por el mismo César.

CAPITULO XXIII

Podemos quejarnos muchas veces de los hados, pero no los podemos mudar, porque son duros e inexorables. Nadie los mueve, ni con oprobios, ni con lágrimas, ni con razones. A ninguno perdonan, ni remiten cosa alguna. Dejemos, pues, las lágrimas, que no aprovechan, y el dolor con más facilidad nos llevará adonde está el difunto que volverle a que le gocemos. Si el dolor atormenta y no alivia, conviene dejarle a los principios, retirando el ánimo de los débiles consuelos y del amargo deseo de llorar. Si la razón no pusiere fin a nuestras lágrimas, cierto es que no se le pondrá la fortuna. Ven acá, pon los ojos en todos los mortales, y verás que en todos ellos hay una larga y continuada materia de llorar; a uno llama al cotidiano trabajo su pobreza; otro teme las riquezas que codició, padeciendo con su mismo deseo; a uno aflige la solitud, a otro el cuidado y a otro la muchedumbre de los que frecuentan sus zaguanes. Este se queja de que está cargado de hijos; aquél, de que se han muerto. Acabaranse las lágrimas antes que

las causas del dolor. ¿No ves la vida que nos ha prometido la Naturaleza? Pues ella quiso que el primer agüero fuese el llanto. Con este principio venimos al mundo, y en él consiste el orden de los años venideros, y en esta forma pasamos nuestra vida. Por lo cual conviene que lo que se ha de hacer muchas veces se haga con moderación, y atendiendo a que son muchas las cosas tristes que nos vienen siguiendo; y si no pudiéremos poner fin a las lágrimas, debemos, por lo menos, reservar algunas. En ninguna cosa se debe tener mayor moderación que en ésta, de que tan frecuente es el uso. Tampoco dejará de ayudarte mucho el entender que a ninguno es menos grato tu dolor que al mismo a quien juzgas le das. El no quiere que te atormentes, o no entiende que te atormentas. Según esto, no hay razón alguna para esta demostración. *Porque si aquel por quien se hace no la siente, es superflua, y si la siente, le es penosa.*

CAPITULO XXIV

Atrévome a decir que en todo el orbe no hay persona que se deleite con tus lágrimas. Pues, dime, ¿para qué son? ¿Piensas que tu hermano tiene contra ti el ánimo que ningún otro tiene, queriendo que con tu aflicción te atormentes, y que pretende apartarte de tus ocupaciones, quiero decir de tus estudios y del servicio del César? Esto no es verisímil, porque siempre te amó como a hermano, veneró como a padre y respetó como a superior; y así, aunque quiere que le echés menos, no quiere que te atormentes. ¿De qué, pues, sirve que te consuma el dolor que tu mismo hermano —si es que en los difuntos hay sentidos— desea que se acabe? De otros hermanos, de cuya voluntad no hubiera tan segura certeza, dijera yo con duda esto. Si tu hermano deseara que con incesables lágrimas te atormentaras, no fuera digno de este tu afecto; y si él no lo quiere, deja tú ese inútil dolor. Porque el hermano poco amoroso no debe ser llorado tanto, y el que fué amoroso no querrá que le llores. En éste, en quien fué tan conocido el amor, debemos tener por cosa cierta que ninguna

cosa le puede ser más acerba que este suceso. Si es acerbo para ti, y si por cualquier modo te atormenta y conturba tus ojos, indignísimos de todo mal, y si los agota sin poner fin a las lágrimas, ninguna cosa apartará tanto a tu amor de esas inútiles lágrimas como el pensar que debes dar a tus hermanos ejemplo de sufrir con fortaleza esta injuria de la fortuna. En esta ocasión debes hacer lo que los grandes capitanes hacen en los sucesos graves, en que de industria muestran alegría, encubriendo los casos adversos con fingido regocijo por que los soldados no desmayen viendo quebrantado el ánimo de su capitán. Lo mismo has de hacer tú, mostrando el rostro disímil del ánimo, y si pudieres acabarlo contigo, debes desechar de todo punto el dolor, y si no pudieres, enciérralo, al menos, en lo interior, encarcelándola, para que no se deje ver; y procura que te imiten tus hermanos, porque ellos tendrán por justo todo lo que vieren haces, y formarán su ánimo de tu rostro; y habiéndoles de ser el consuelo y el consolador, no podrás impedirles su dolor, si dieres largas riendas al tuyo.

CAPITULO XXV

También apartará de ti el excesivo dolor, el persuadirte que ninguna de las cosas que haces se puede encubrir. Grande estimación te ha dado el común aplauso de los hombres; conviene conservarla. Toda esta muchedumbre de consoladores que te tiene cercado, atendiendo a tu ánimo, mira qué fuerzas tiene contra el dolor; y especulando si sabes usar de tanta destreza en las cosas prósperas, que sepas sufrir varonilmente las adversas, pone sus ojos en los tuyos. Más libres son las acciones de aquéllos, cuyos afectos se pueden encubrir. Para ti no hay secreto libre, por haberte puesto la fortuna en mucha luz. Todos sabrán cómo te has gobernado en esta herida, y si en recibéndola rendiste las armas, o si estuviste firme en el puesto. Días ha que el amor de César te levantó al más alto estado a que te atrajeron tus estudios. Ninguna acción plebeya y humilde te es decente. ¿Qué cosa hay tan rara y afeminada como entregarte al dolor para que te consuma? En igual sentimiento, no te es lícito lo que a tus hermanos.

La opinión recibida de tus estudios y costumbres no te permite muchas cosas. Mucho es lo que los hombres quieren y esperan de ti. Si querías que todo te fuese lícito, no habías de haber atraído a ti los ojos de todos. Ahora es forzoso que des todo lo que prometiste a los que alaban y celebran las obras de tu ingenio; que aunque algunos no necesitan de tu fortuna, necesitan muchos de tu talento. Atalayas son de tu ánimo, con lo cual jamás podrás hacer acción alguna indigna de varón perfecto y erudito sin que muchos se arrepientan de lo que de tus partes se admiraron. No te es lícito llorar con demasía; y no es esto sólo lo que no te es lícito, pues aún no lo es el de extender el sueño a una mínima parte del día, ni lo es el huir de la muchedumbre de los negocios, retirándote al ocio de tu jardín, ni el recrear con algún voluntario paseo el cuerpo fatigado con la asistencia del trabajoso oficio, ni alentar el ánimo con la variedad de espectáculos, ni disponer el día a tu albedrío.

CAPITULO XXVI

Muchas cosas no te son lícitas que lo son a los hombres humildes, que están despreciados en los rincones. La grande fortuna es servidumbre muy grande. No te es lícito hacer cosa alguna por tu gusto. Has de dar audiencia a tantos millares de hombres; has de disponer tantos memoriales; has de acudir al despacho de tantas cosas como de todas las partes del mundo ocurren, para poder cumplir por orden el oficio de ministerio tan importante; y esto requiere un ánimo quieto. Digo que no te es lícito llorar, porque para tener tiempo de oír los lamentos de muchos que padecen, y para que aprovechen las lágrimas de los que desean llegar a la misericordia del piadosísimo César, has de enjugar las tuyas. Considera la fe y la industria que debes a tu amor, y entenderás que no te es lícito el retirarte, como no lo es a aquel que según dicen las fábulas—tiene sobre sus hombros el mundo. Al mismo César, a quien es lícito todo, no le son por esta causa lícitas muchas cosas. Su cuidado defiende las casas de todos; su trabajo,

el ocio de todos; su industria, los deleites de todos, y su ocupación, el descanso de todos. Desde el día que César se dedicó al gobierno del mundo se privó del uso de sí mismo, al modo que a los astros, que deben sin cesar hacer su curso, sin serles lícito ni detenerse ni ocuparse en cosa suya. Así a ti, en cierto modo, te incumbe la misma obligación, no siéndote lícito volver los ojos a tus utilidades ni a tus estudios. Poseyendo César el mundo, no puedes repartirte al deleite ni al dolor ni a ninguna otra cosa, porque te debes todo a César. Añade que, confesando tú que amas a César más que a tu vida, no te es lícito, viviendo, el quejarte de la fortuna. Viviendo César están salvos todos tus deudos; ninguna pérdida has hecho, y así no sólo has de tener enjutos los ojos, sino alegres. En César lo tienes todo, y él te basta por todos. Poco agradecido serás a la fortuna —cosa que está muy lejos de tus prudentísimos sentidos— si, viviéndote César, dieres permisión a las lágrimas. También te quiero dar otro remedio, si no más firme, al menos más familiar. Cuando te recoges en tu casa, es el tiempo en que podrás temer la tristeza, porque el que estuvieres mirando a César no tendrá ella entrada en ti, pues él te poseerá todo; pero en apartándote de su vista, entonces, gozando de la ocasión, pondrá el dolor ase-

chanzas a tu soledad y poco a poco se entrará en tu ánimo, hallándole desocupado. Conviene, pues, que no permitas estar tiempo alguno apartado de los estudios; entonces las letras, tanto tiempo y con tanta felicidad amadas de ti, te serán gratas, defendiendo a su Presidente y su venerador. Entonces Homero y Virgilio (a quien tanto debe el género humano, como ellos te deben a ti, por haberlos hecho conocidos de más naciones de aquellas para quien escribieron) te asistirán muchos ratos, y con eso estarás seguro todo el tiempo que les entregares, para que te le defiendan. Entonces podrás componer las obras de tu César, para que con pregón doméstico se canten en todas edades. Escribe todo lo que pudieres, pues él te dará materia y ejemplo para escribir todos los sucesos.

CAPITULO XXVII

No me atrevo a pasar tan adelante, aconsejándote que con tu acostumbrada elocuencia enlaces fábulas y apologías, obra aún no intentada por los ingenios romanos. Porque es cosa difícil que un ánimo tan fuertemente herido pueda tan presto pasar a estudios regocijados. Ten por señal cierta de estar el ánimo fortalecido y vuelto a su ser, si de los estudios graves y serios pudiere pasar a éstos más libres; porque en aquellos, aunque la austeridad de las cosas que trata le llaman aun estando enfermo y contra su voluntad, no admitirá estos otros, que se han de tratar con frente desarrugada, sino es cuando de todo punto estuviere convallecido. Así que a los principios le has de ejercitar en materias más severas y templanle después con otras más alegres. También te será de gran alivio si te hicieres esta pregunta: *El dolor que tengo, ¿es en mi nombre o en el del difunto? Si es en el mío, acábase la jactancia que de mi sufrimiento solía tener y comience el dolor, sin que haya en él otra excusa más que el ser honesta; por-*

que el desechar el sentimiento mira a utilidad propia, y ninguna cosa hay menos decente al varón bueno que llorar por cuenta y razón en la muerte de su hermano. Si me duelo en su nombre es necesario que uno de los dos sea juez (1); porque si a los difuntos no les queda sentido alguno, mi hermano, libre ya de todas las incomodidades de la vida, está restituído al lugar donde estuvo antes que naciese y exento de todo mal; no hay cosa que tema, ninguna que desee y ninguna que padezca. ¿Pues qué locura es no dejar jamás de dolerme por el que jamás ha de tener dolor? Si en los difuntos hay algún sentido, ya el ánimo de mi hermano, como libre de una larga prisión, se regocija, gozando de la vista de la naturaleza de las cosas, despreciando desde lugar superior todas las cosas humanas y viendo más de cerca las divinas, cuyo conocimiento buscó en balde tanto tiempo. Pues, ¿por qué me aflijo por el que o es bienaventurado o deja de tener ser? Llorar por el bienaventurado es envidia, y por el que no tiene ser es locura.

(1) Habló como gentil.

CAPITULO XXVIII

¿Muévete por ventura el ver que carece de los grandes bienes que le rodeaban? Cuando pusieres el pensamiento en las muchas cosas que dejó, ponle en que son muchas las que deja de temer. No le atormentará la ira, ni le afligirá la enfermedad; no le acongojará la sospecha; no le perseguirá la tragadora envidia, enemiga de ajenos acrecentamientos; no le dará cuidado el miedo, ni le inquietará la liviandad de la fortuna, que en un instante transfiere en otros sus dádivas. Si haces bien la cuenta, mucho más es lo que se le perdonó que lo que se le quitó. No gozará de las riquezas, ni de su gracia y la tuya; no recibirá beneficios, ni los dará. ¿Júzgasle desdichado porque perdió estas cosas?, ¿o dichoso porque no las desea? Créeme, que es más feliz aquel que no necesita de la fortuna que el que la tiene propicia. Todos estos bienes, que con hermoso, aunque falaz deleite, nos alegran: el dinero, las dignidades, la potencia y las demás cosas, a que con pasmo mira la ciega codicia del linaje humano, se poseen con trabajo y

se miran con envidia, quebrantando a los mismos a quien adornan, y siendo más lo que amenazan que lo que prometen. Estas cosas son deslizaderas e inciertas, y jamás se tienen con seguridad; porque cuando cesasen los temores de lo futuro, la misma conservación de la grande felicidad es en sí solícita. Si quieres dar crédito a los que más altamente ponen los ojos en la verdad, toda nuestra vida es un castigo. Estamos arrojados en este profundo y alterado mar, que con alternados otoños es recíproco; que levantándonos ya con repentinos crecimientos, y desamparándonos luego con mayores daños, nos descompone sin permitirnos estar en lugar firme. Andamos suspensos y fluctuando, y unos chocamos en otros, y, con suceder los naufragios algunas veces, son continuos los temores. A los que navegan en este tempestuoso mar, expuesto a todas las tormentas, ningún otro puerto hay si no es el de la muerte. No tengas, pues, envidia a tu hermano, que está ya quieto, libre, seguro y eterno. El tiene vivo a César y a toda su generación; tiénete a ti y todos los demás hermanos vivos. El, cuando se le mostraba favorable la fortuna, y cuando con mano liberal le iba acumulando dones, la dejó antes que ella hiciese alguna mudanza en sus favores. Gozando está ahora de libre y descubierto cielo, habiendo pasado de un

humilde y abatido lugar a resplandecer en aquel (sea el que fuere) que recibe en su dichoso seno las almas que dejan las prisiones; ya se espacia con libertad, y con sumo deleite mira todos los bienes de la Naturaleza. Andas errado, porque tu hermano no perdió la luz, sino alcanzó otra más segura; a todos nos es común el viaje con él ¿Para qué lloramos sus hados? Que él nos dejó; partióse antes.

CAPITULO XXIX

Créeme, que en la misma grande dicha hay la felicidad de morir, no habiendo cosa cierta que dure un día. ¿Quién, pues, en tan oscura y dudosa verdad adivina si la muerte envidió a tu hermano o cuidó de él? Es asimismo necesario que la justicia que en todas las cosas mantienes te ayude a pensar que no se te hizo injuria en quitarte tal hermano, sino que se te hizo gracia de todo el tiempo que te fué permitido el usar y gozar de su amor. Injusto es el que no deja albedrío en las dádivas al que las da, y codicioso el que no computa por ganancias lo que recibió, contando por pérdida lo que restituye. Ingrata es el que llama injuria al fin del deleite; ignorante, el que piensa que no hay fruto sino en los bienes presentes y el que no se aquieta con los pasados, teniendo por más ciertos los que se le fueron, porque de ellos no hay temor que de nuevo se vayan. Estrechos términos pone a sus gustos el que juzga que goza solamente los que tiene y ve presentes, no estimando los que tuvo. Porque con mucha presteza se

nos huye el deleite que corre y pasa, y casi se nos quita antes que venga. Así que se ha de poner el ánimo en el tiempo pasado, reduciendo y tratando con frecuente recordación lo que en algún tiempo nos fué deleitable. Más larga y más fiel es la memoria de los deleites que su presencia (1). Pon entre los sumos bienes el haber tenido un hermano tan bueno, y no atiendas a que pudieras tenerle mucho más tiempo, sino al que le tuviste. La naturaleza de las cosas hace contigo lo que con los demás hermanos, y no te lo dió en propiedad, sino prestado, y después te lo volvió a pedir cuando quiso; y en esto no atendió a tu hartura, sino a su ley. ¿No será tenido por injusto el que sufriere molestamente el pagar la moneda que se le prestó, y en particular la que recibió sin interés alguno? Dió la Naturaleza vida a tu hermano, y dióla también a ti; y ella, usando después de su derecho, cobró primero la deuda de quien quiso. No se le puede imponer culpa, siendo tan conocida su condición; impútese a la codiciosa esperanza del ánimo mortal, que de tal manera se olvida de lo que es la naturaleza, que nunca se acuerda de su ser sino cuando la amonestan. Alégrate, pues, de haber tenido un tan buen hermano, y da gracias del usufructo que de él gozaste, aunque fué más breve

(1) Habla de los deleites honestos.

de lo que deseabas. Piensa que lo que tuviste fué para ti muy deleitable, y que lo que perdiste era humano. Porque no hay cosa menos congruente entre sí que mostrar dolor de que un tal hermano te haya vivido poco, y no tener gozo de que tuviste tal hermano; dirásme: *así es; pero quitáronmele cuando no lo pensaba*. A cada uno engaña su credulidad y el olvido de la muerte en las cosas que ama. La Naturaleza, a ninguno prometió que haría gracia en la necesidad de morir. *Cada día pasan por delante de nuestros ojos los entierros de personas conocidas y no conocidas, y nosotros, divertidos en otras cosas, llamamos repentino lo que toda la vida se nos está intimando*. Según esto, no es culpable el rigor de los hados, sino la malicia del humano entendimiento, que, insaciable de todas las cosas, siente salir de la posesión a que fué admitida por voluntad.

CAPITULO XXX

¿Cuánto más justo fué aquel que, dándole nuevas de la muerte de su hijo, pronunció una sentencia digna de un gran varón? *Cuando yo le engendré, supe que había de morir.* Verdaderamente, no te admirarás de que naciese de éste el que había de tener valor para morir con fortaleza. No recibió la muerte de su hijo como nueva embajada; porque morir el hombre, cuya vida no es otra cosa que un viaje a la muerte, ¿qué tiene de nuevo? *Cuando yo le engendré, supe que había de morir.* Después de esto añadió una cosa de mayor ánimo y prudencia, diciendo: *para esto le crié.* Todos nacemos para esto, y cualquiera que viene a la vida está destinado a la muerte. Regocijémonos, pues, todos con lo que nos da, y volvámoslo cuando nos lo piden. Los hados comprenderán a unos en un tiempo y a otros en otro; pero a nadie dejarán libre. Esté prevenido el ánimo, y no tema; antes espere lo que es forzoso. ¿Para qué te he de referir muchos capitanes y toda su generación, y otros varones, insignes por sus muchos consulados

y triunfos, que han acabado con inexorable suerte? Reinos enteros con sus reyes, y pueblos con sus ciudadanos, pasaron su hado. Todos y todas las cosas esperan el último día, aunque el fin de todas no es el mismo. A uno desampara la vida en el medio curso; a otro, en la misma entrada; a otro, fatigado en extrema esclavitud y deseoso de salir de ella, apenas le deja. Unos vamos en un tiempo y otros en otro; pero todos caminamos a un lugar. No te sabré decir si es mayor necesidad ignorar la ley de la mortalidad o mayor desvergüenza rehusarla. Ven acá; toma en tus manos aquellas obras que están celebradas con mucho trabajo de tu ingenio: los versos, digo, de los dos autores, que de tal manera tradujiste, que aunque no les quedó su composición, les ha quedado su gracia, porque de tal suerte los pasaste de una lengua en otra, que (siendo cosa tan dificultosa) te siguieron en la ajena todas las virtudes. No hallarás en todos aquellos escritos libro alguno que deje de darte muchos y varios ejemplos de la humana variedad y de los inciertos sucesos y vanas lágrimas que, ya por ésta, ya por aquella causa, se derraman. Lee lo que, con gallardo espíritu, en grandes cosas entonaste, y tendrás vergüenza de que con brevedad se haya de acabar y caer de tan gran altura de estilo. No hagas de modo que los que poco ha se ad-

miraban de tus escritos pregunten: ¿cómo es posible que un ánimo tan frágil haya concebido cosas tan grandes y tan sólidas? Pasa la vista de estas cosas que te atormentan a las muchas que te consuelan; pon los ojos en tan buenos hermanos; ponlos en tu mujer y en tu hijo. Por la salud de todos estos se convino contigo la fortuna con esta porción; muchos te quedan con que aquietarte.

CAPITULO XXXI

Líbrate de esta nota, porque no entiendan todos que tiene en ti mayor fuerza un dolor que tantos consuelos. Ya ves que todos éstos están heridos juntamente contigo, y que no pueden aliviarte, y que antes esperan que tú los consueles; y así, cuanto menos hay en ellos de doctrina y de ingenio, tanto más es necesario que tú resistas al común mal. Parte de consuelo es dividir el dolor entre muchos, porque con esto será pequeña la parte que en ti haga asiento. No dejaré de traerte muchas veces a la memoria a César; porque gobernando el orbe, y mostrando cuán más seguramente se guarda el Imperio con beneficios que con armas, y presidiendo él a las cosas humanas, no hay peligro de que sientas haber hecho pérdida alguna. Este solo te es suficiente amparo y consuelo. Esfuérzate, y todas las veces que las lágrimas se te vinieren a los ojos, ponlos en César; enjugaránse con la vista de aquella grande y clarísima majestad. Su resplandor los atraerá a que no puedan mirar a otra cosa, y los tendrá fijados en él. En éste, en quien pones

tú la vista de día y de noche y nunca apartas de tu ánimo, has de poner el pensamiento, llamándole contra la fortuna; y no dudo, según es su mansedumbre y liberalidad para con todos sus allegados, que habrá ya curado esta tu herida con muchos consuelos y que te habrá dado algunos que hayan puesto estanco a tu dolor. ¿Cómo no ha de haberlo hecho? ¿Por ventura el mismo César, mirado solamente o imaginado, no te basta para gran consuelo? Los dioses y las diosas lo presten por muchos días a la tierra. Exceda los hechos y los años el Divo Augusto; pero hagan de modo que el tiempo que fuere mortal no vea en su casa cosa mortal, y que con larga fe aprueba a su hijo para gobernador del Imperio romano, teniéndole antes por compañero que por sucesor. Sea muy tardío, y en tiempo de nuestros nietos, el día en que su gente le celebre en el cielo.

CAPITULO XXXII

Aparta, ¡oh fortuna!, tus manos de este varón, y no muestres en él tu potencia, si no es por la parte que le has de ser provechosa. Permite que él remedie al género humano, que ha mucho tiempo está enfermo y fatigado. Permite que éste repare todo lo que la locura de su antecesor descompuso. Resplandezca siempre esta estrella, que salió a dar luz al orbe cuando estaba despeñado en el profundo y anegado en tinieblas. Pacifique éste a Germania, abra el paso a Bretaña y lleve juntos los triunfos de su padre y los suyos. Su clemencia (que entre las demás virtudes tuyas tiene el primer lugar), promete que he de ser yo uno de los que los vean; porque no me derribó de tal manera que deje de levantarme; antes debo decir que no me derribó, sino que, estando impelido de la fortuna, me sostuvo; y, yéndome a despeñar, usando él de la moderación de mano divina, me depuso suavemente. Intercedió por mí al Senado, y no sólo me dió la vida, sino que la pidió. Determine en la forma que quisiere se juzgue mi causa, que su jus-

ticia la aclarará por buena o su clemencia hará que lo sea. Por igual beneficio reconoceré el enterarse de que estoy inocente o el declarar que lo soy. En el ínterin, es gran consuelo de mis trabajos el ver que anda esparcida por todo el orbe su clemencia, de la cual, cuando del rincón donde estoy encerrado sacare a muchos a quien derribó la ruina de los tiempos, no recelo me deje a mí solo. El conoce la sazón en que debe socorrer a cada uno, y yo procuraré que no se arrepienta de que llegue a mí su favor. ¡Oh felicidad!, pues tu clemencia, César, hace que los desterrados de tu tiempo tengan más quietud de la que en el Imperio de Cayo tuvieron los príncipes. No viven con temor ni esperanza de ver cada hora el cuchillo, ni se atemorizan con la venida de cualquier bajel. En ti conciben así el temperamento de la airada fortuna, como la esperanza de su mejoría, y la quietud de la presente. Ten por cierto que son justísimos aquellos rayos, que aun los heridos los veneran.

CAPITULO XXXIII

O yo me engaño, o ese príncipe, que es consuelo de todos los hombres, habrá recreado tu ánimo, aplicando remedios eficaces a tan fuerté herida, y que, de todas maneras, te habrá alentado, y que con su tenacísima memoria te habrá referido todos los ejemplos con que recobres la igualdad del ánimo, y que con su acostumbrada elocuencia te ha representado los preceptos de todos los sabios. Así que ninguno mejor que él podrá tomar a su cargo el persuadirte. Las razones que por él fueren dichas tendrán diferente peso, y, como salidas de un oráculo, deshará a su divina autoridad la fuerza de tu dolor. Imagino que te dice: *No eres tú solo a quien la fortuna ha cogido para hacerle tan grande injuria. Ninguna casa ha habido ni hay sin algunas lágrimas. Dejaré los ejemplos vulgares, que, aunque son menores, son admirables. Quiero llevarte a los fastos y anales públicos. ¿Ves todas estas imágenes que adornan el palacio de César? Ninguna de ellas fué insigne sin alguna descomodidad de los suyos. Ninguno de*

estos varones que resplandecieron para ornato de los siglos dejó de ser afligido con muertes de sus deudos, o su muerte causó aflicción de ánimo a los suyos. ¿Para qué te he de referir a Scipión Africano, a quien llegó la nueva de la muerte de su hermano estando en destierro? Este, que le libró de la cárcel, no le pudo librar del hado, siendo a todos manifiesto cuán impaciente fué el amor de Africano, pues, sin sufrir la común ley, el mismo día que quitó a su hermano de las manos de los alguaciles se opuso, siendo persona particular, a la autoridad del Tribunal del pueblo. Este, pues, llevó la muerte de su hermano con el mismo valor con que le había defendido. Para qué te he de referir a Emiliano Scipión, que vió casi en un mismo tiempo el triunfo de su padre y el entierro de dos hermanos; y, con ser mancebo y en edad pueril, sufrió aquella repentina calamidad de su casa, que cayó sobre el triunfo de Paulo, llevándola con tan grande ánimo como convenía a un varón que había nacido para que ni faltase a Roma un Scipión ni quedase en pie Cartago.

CAPITULO XXXIV

¿Para qué te he de referir la concordia de los dos Lúculos, rompida con la muerte? ¿Para qué los Pompeyos, a quien aun no permitió la enojada fortuna que acabasen de una misma caída? Vivió Sexto Pompeyo, quedando viva su hermana, y con la muerte de ella se desataron los lazos de la paz romana, que estaba bien unida. Asimismo vivió después de muerto su buen hermano, a quien había levantado la fortuna para sólo derribarle de no menor altura de la que había derribado a su padre. Y con todo eso, después de estos sucesos, no sólo resistió al dolor, sino también a las guerras. Innumerables ejemplos socorren de todas partes de hermanos a quien dividió la muerte; antes, apenas se han visto algunos pares que hayan llegado juntos a la vejez. Pero quiero contentarme con los ejemplos de mi casa, pues ninguno habrá tan falto de sentido y de entendimiento que se queje de que la fortuna le acarreó lágrimas, si considerare que no ha reservado de ellas a César. El Divo Augusto perdió a Octavia, su carísima her-

mana, y no le eximió la Naturaleza de la necesidad de llorar, y la que le crió para el cielo no le privilegió en las lágrimas; antes, estando afligido con todo género de muertes, perdió también el hijo de su hermana, que estaba destinado para sucederle. Finalmente, para no contar todos sus llantos, perdió yernos, hijos y nietos; y ninguno de los mortales, mientras vivió entre los hombres, conoció más el serlo que él. Con todo eso, aquel su pecho, capacísimo de todas las cosas, aunque comenzó tantos y tan grandes lamentos, fué no sólo vencedor de las naciones, sino también de los dolores. Cayo César, nieto del Divo Augusto, mi abuelo, en los primeros años de su mocedad, siendo príncipe de la juventud; perdió a su carísimo hermano Lucio, que era asimismo príncipe de la juventud en la prevención de la guerra pártica, siendo para él mayor esta herida del ánimo que la que después recibió en el cuerpo, habiendo sufrido entrambos golpes con virtud y fortaleza. César, mitio, entre los abrazos y besos perdió a Druso Germánico, mi padre, hermano menor suyo, cuando estaba abriendo lo más cerrado de Alemania, sujetando al Imperio romano aquellas ferocísimas gentes. Pero no sólo puso término a sus lágrimas, sino a las de los otros y a todo el ejército, que no sólo estaba triste, sino atónito; y cuando pedía

para sí el cuerpo de su Druso le redujo a que el llanto fuese conforme a la costumbre romana, juzgando que no sólo convenía guardar la disciplina en el militar, sino también en el llorar. No pudiera enfrenar las lágrimas de los otros, si primero no hubiera reperimido las suyas.

CAPITULO XXXV

Marco Antonio, mi abuelo, a nadie inferior, sino aquel de quien fué vencido, oyó la muerte de un hermano en la sazón que, adornado con la potestad triunviral, y sin reconocer cosa que le fuese superior, excepto los dos compañeros, teniendo por inferiores a todos los demás, estaba formando la República. (¡Oh desenfrenada fortuna, que de los humanos males haces deleites para ti!) Al tiempo que Marco Antonio era árbitro de la vida o muerte de sus ciudadanos, en ese mismo tiempo fué llevado un hermano suyo al suplicio, y sufrió esta tan grave herida con la misma grandeza de ánimo con que había sufrido otras adversidades, y sus llantos fueron hacer las exequias a su hermano con la sangre de veinte legiones. Pero dejando muchos ejemplos, y callando en mí otros entierros, la fortuna me ha acometido dos veces con muertes de dos hermanos, y entrambas ha conocido que, aunque ha podido ofenderme, no ha podido vencerme. Perdí a mi hermano Germánico, a quien amaba, como podrá entender el que supiere cómo se aman

los buenos hermanos. Pero de tal modo goberné los afectos, que ni dejé de hacer cosa de las que deben hacer los buenos hermanos, ni hice alguna que fuese reprehensible en un príncipe. Advierte Polibio que el Padre de todos es el que te ha referido estos ejemplos, y que él mismo te ha mostrado que para la fortuna no hay cosa sagrada ni reservada, pues se atrevió a sacar entierros de la familia de donde había de sacar dioses. Así que, nadie se admire de lo que le ve hacer inicua y cruelmente. ¿Podrá por ventura esperarse que tenga alguna piedad y modestia con las casas particulares, aquella cuya crueldad ensució con muertes los tálamos imperiales? Aunque más injurias le digamos, no sólo con nuestras lenguas, sino con las de todos, no por eso se muda; antes, con las quejas y con los ruegos, se engríe. Esto ha sido la fortuna en las cosas humanas, y esto será siempre. Ninguna cosa ha dejado intacta, y ninguna dejará; irá siempre más violenta en todas las cosas, atreviéndose, como lo tiene de costumbre, a entrar con injuria en aquellas casas a que se entra por los templos, vistiendo de luto las puertas laureadas.

CAPITULO XXXVI

Esto sólo alcancemos de ella con votos y plegarias públicas, que si no tienes hecha resolución de destruir el linaje humano, y si todavía mira con ojos propicios el nombre romano, se complazca de tener a este príncipe por sacrosanto, como todos los mortales le tienen, por ser dado para el reparo de las cosas humanas, que tan caídas estaban. Aprende de este piadosísimo príncipe la clemencia y la suavidad. Debes, pues, poner los ojos en todos aquellos que están referidos, que o están en el cielo o cercanos a entrar en él (1); y con esto podrás sufrir con igualdad de ánimo las injurias de la fortuna, que alarga hacia ti sus manos, pues no las aparta de aquellos por quien juramos. Debes imitar la firmeza de César en sufrir y vencer los dolores, caminando (en cuanto es lícito a los hombres) por las huellas divinas. Aunque hay en otras cosas gran diferencia de dignidades, la virtud siempre está en medio, sin desdeñar a ninguno de los que se juzgan dignos de ella. Irás bien, si

(1) Parece reconoció que había Purgatorio.

imitares a los que, pudiendo indignarse de no verse exentos de este mal, no tuvieron por injuria, sino por derecho de mortalidad, el ser iguales a los demás hombres, y llevaron los sucesos no con demasiada aspereza y enojo, ni baja ni afeminadamente. *El no sentir los males no es de hombres, y el no sufrirlos no es de varones.* Habiendo referido todos los Césares a quien la fortuna quitó hermanos y hermanas, no puedo pasar en silencio al que debiera ser repelido del número de los Césares, por haberle criado la Naturaleza para acabamiento y afrenta del linaje humano; aquél que dejó el Imperio de todo punto perdido, para que le recrease la clemencia de nuestro piadosísimo príncipe. Habiéndose muerto a Cayo César su hermana Drusila, debiendo por su muerte tener antes gozo que dolor, huyó de la vista y trato de sus ciudadanos y no se halló a las exequias de su hermana ni pagó las obligaciones, antes se fué a su Albano. ¿Aligeró por ventura el dolor de la acerbísima muerte asistiendo al tribunal, oyendo los abogados o con otros negocios de este género? ¡Oh afrenta del Imperio, que en la muerte de una hermana hayan sido los dados el consuelo del ánimo de un príncipe romano! Este mismo Cayo, con loca inconstancia anduvo ya con barba y cabello descompuesto, ya midiendo sin concierto las costas de Italia y Si-

cilia, sin jamás tenerse certeza si quería que su hermana fuese llorada o venerada. Porque en la misma sazón que determinaba edificarle templos y altares, castigó con cruelísima demostración a los que vió estaban poco tristes. Porque con la misma destemplanza de ánimo sufría los golpes de sucesos adversos con que, levantado de los prósperos, se ensoberbecía fuera del humano modo. Apartemos lejos de cualquier varón romano este ejemplo de quien, o desechó de sí el llanto con intempestivos juegos, o le despertó con la fealdad de trajes asquerosos y sucios, alegrándose con ajenos males y no con humanos consuelos. Tú no tienes que mudar en tu costumbre, porque siempre te resolviste amar aquellos estudios que levantan la felicidad con templanza y disminuyen las adversidades con facilidad. Y estos estudios, junto con ser grande adorno de los hombres, son asimismo grandes consuelos.

CAPITULO XXXVII

Engólfate, pues, en esta ocasión más hondamente en tus estudios; cércate ahora con ellos, poniéndolos por defensa del ánimo. No halle el dolor por parte alguna entrada en ti. Alarga asimismo la memoria de tu hermano en alguna obra de tus escritos, porque en las cosas humanas sólo ésta es a quien ninguna tempestad ofende y ninguna vejez consume. Todas las demás, que consisten o en labores de piedras o en fábricas de mármol, o en túmulos de tierra levantados en grande altura, no durarán mucho tiempo, porque están sujetas a la muerte. La memoria del ingenio es inmortal; dale ésta a tu hermano, colocándole en ella; mejor es que con tu duradero ingenio le eternices, que no que con vano dolor le llores. En cuanto toca a la fortuna, no estás ahora para que pase ante ti su causa, porque todo lo que nos dió nos es aborrecible con cualquier cosa que nos quita. Tratarase esta causa cuando el tiempo te hiciere más desapasionado juez de ella, y entonces podrás volver a estar en su amistad, porque tiene prevenidas

muchas cosas con que enmendar esta injuria y no pocas con que recompensarla. Y, finalmente, todo lo que ella te quitó te lo había dado. No quieras, pues, usar contra ti de tu ingenio ni ayudar con él a tu dolor. Puede tu elocuencia calificar por grandes las cosas pequeñas y atenuar y abatir las mayores; pero estas fuerzas resérvalas para otra ocasión, y ahora ocúpense todas en tu consuelo. Atiende también a que no parezca flaco este dolor, que aunque la Naturaleza quiere haya alguno, es mayor el que se toma por vanidad. Yo no te pediré que dejes de todo punto las lágrimas, aunque hay algunos varones de prudencia más dura y fuerte que afirman no ha de llorar el sabio. Parece que los que esto dicen no han llegado a semejantes sucesos; que, de otra manera, la fortuna les hubiera despojado de esta arrogante sabiduría, forzándolos a confesar la verdad contra su gusto. No hará poco la razón si cercenare al dolor lo superfluo y superabundante; porque querer que de todo punto no se consienta alguno, ni se puede esperar ni desear. Guardemos, pues, tal temperamento, que ni mostremos desamor ni locura, conservándonos en traje de ánimo amoroso y no enojado. Corran las lágrimas; pero tenga fin la corriente. Salgan gemidos de lo profundo del pecho; pero también tengan límite. Gobierna tu ánimo de

tal manera, que te aprueben los sabios y tus hermanos. Procura que frecuentemente te ocurra la memoria de tu hermano, para celebrarle en las conversaciones y para tenerle presente con la continua recordación. Conseguiráslo si hicieres que su memoria te sea agradable y no dolorosa; porque es cosa natural el huir siempre el ánimo de aquello a que va con tristeza. Pon el pensamiento en su modestia; ponle en la traza que para todas las cosas tenía; ponle en la industria con que las ejecutaba, y, finalmente, en la constancia de lo que prometía. Cuenta a otros todos sus dichos; celebra sus hechos, acordándote de ellos. Acuérdate qué fué y lo que se esperaba había de ser; porque, de tal hermano, ¿qué cosa no se podía esperar con seguridad? Estas cosas he compuesto en la forma que he podido, con mi ánimo desusado y entorpecido en este tan apartado sitio, y si pareciere que satisfacen poco a tu ingenio o que remedian poco tu dolor, considera que no socorren con facilidad las palabras latinas al que atruena la descompuesta y pesada vocería de bárbaros.



TRATADO SEPTIMO

DE LA POBREZA

COMPUESTO DE VARIAS SENTENCIAS

Epicuro dijo que la honesta pobreza era una cosa alegre, y debiera decir que, siendo alegre, no es pobreza, porque el que con ella se aviene bien, ése solo es rico; y no es pobre el que tiene poco, sino el que desea más, pues aprovecha poco al rico lo que tiene encerrado en el arca y en los graneros, los rebaños de ganado y la cantidad de censos, si tras eso anhela por lo ajeno y si tiene el pensamiento no sólo en lo adquirido, sino en lo que codicia adquirir. Pregúntasme: ¿cuál será el término de las riquezas? Lo primero es tener lo necesario, y lo segundo, poseer lo que basta. No habrá quien goce de vida tranquila, mientras cuidare con demasía de aumentar su hacienda; y ninguna aprovechará al que la poseyere, si no tuviese dispuesto el ánimo para la pérdida de ella. Por

ley de naturaleza se debe juzgar rico el que goza de una compuesta pobreza, pues ella se contenta con no padecer hambre, sed, ni frío. Y para conseguir esto no es necesario asistir a los soberbios umbrales de los poderosos, ni surcar con tempestades los no conocidos mares, ni seguir la sangrienta milicia; pues con facilidad se halla lo que la naturaleza pide. Para lo superfluo, y no necesario, se suda: por esto se humillan las garnachas, y esto es lo que nos envejece en las pretensiones, y lo que nos hace naufragar en ajenas riberas. Porque lo suficiente para la vida con facilidad se halla; siendo rico aquel que se aviene bien con la pobreza, contentándose de una honesta moderación. El que no juzga sus cosas muy amplias, aunque se vea señor del mundo, se tendrá por infeliz. Ninguna cosa es tan propia del hombre como aquella en que no hay útil considerable para quien se la quita. En tu cuerpo hay muy corta materia para robos; pues nadie, o por lo menos pocos, derraman la sangre humana, por solo derramarla. El ladrón deja pasar al desnudo pasajero, y para el pobre, aun en los caminos sitiados, hay seguridad. Aquél abunda más de riquezas, que menos necesita de ellas. Y si vieres conforme a las leyes de la naturaleza, jamás serás pobre: si con las de la opinión, jamás serás rico; porque siendo muy poco lo que la naturale-

za pide, es mucho lo que pide la opinión. Si sucediere juntarse en ti todo aquello que muchos hombres ricos poseyeron, y si la fortuna te adelantare a que tengas más dinero del que con modo ordinario se consigue, si te cubriere de oro, y te adornare de púrpura, y te pusiere en tantas riquezas y deleites, que no sólo te permita el poseer muchos bienes, sino el hollarlos, dándote estatuas y pinturas, y todo aquello que el arte labra en plata y oro, para servir a la destemplanza, de estas mismas cosas aprenderás a codiciar más. Los deseos naturales son finitos, y, al contrario, los que se originan de falsa opinión, no tienen fin: porque a lo falso no hay límite, habiéndole para la verdad. Apártate, pues, de las cosas vanas, y cuando quieras conocer si el deseo que tienes es natural o ambicioso, considera si tiene algún término fijo donde parar: y si después de haber pasado muy adelante le quedare alguna parte más lejos, adonde aspire, entenderás que no es natural. La pobreza está despejada, porque está segura, y sabe que cuando se tocan las casas, no la buscan, cuando es llamada a alguna parte, no cuida de lo que ha de llevar, sino cómo ha de salir. Y cuando ha de navegar, no se inquietan las riberas con estruendo, ni acompañamiento, no le cerca la turba de hombres, para cuyo sustento sea necesario desear la fertilidad de las

provincias transmarinas. El alimentar a pocos estómagos, que no apetecen otra cosa más que el sustento natural, es cosa fácil. La hambre es poco costosa, y eslo mucho el fastidio. La pobreza se contenta con satisfacer a los deseos presentes. Sano está el rico, que si tiene riquezas las tiene como cosas que le tocan por defuera. ¿Pues por qué has de rehusar tener por compañera a aquélla cuyas costumbres imita el rico que se halla sano? Si quieres estar desocupado para el ánimo, conviene que desees ser pobre, o por lo menos semejante a pobre. No puede haber estudio saludable, sin que intervenga cuidado de la frugalidad, y ésta es una voluntaria pobreza, que muchos hombres la sufrieron, y muchos Reyes bárbaros vivieron con solas raíces, pasando una hambre indigna de decirse; y esto lo padecieron por el Reino, y lo que más admiración te causará es el padecer por Reino ajeno. En las adversidades, es cosa fácil despreciar la vida; pero el que puede sufrir la calamidad, ése muestra mayor valentía. ¿Habrá quien dificulte el sufrir hambre por librar su ánimo de frenesí? A muchos les fué el adquirir riquezas, no fin de las miserias, sino mudanza de ellas, porque la culpa no está en las cosas, sino en el ánimo. Esto mismo que hizo no fuese grave la pobreza, hará que lo sean las riquezas. Al modo que al enfermo no le es de con-

sideración ponerle en cama de madera o de oro, porque a cualquiera que le mudes lleva consigo la enfermedad, así tampoco hace al caso que el ánimo enferme en riquezas o en pobreza, pues siempre le sigue su indisposición. Para estar con seguridad no necesitamos de la fortuna, aunque se muestre airada; que para lo necesario cualquier cosa es suficiente. Y para que la fortuna no nos halle desapercibidos, hagamos que la pobreza sea nuestra familiar. Con más detención nos haremos ricos, si llegáremos a conocer cuán poco tiene de incomodidad el ser pobres. Comienza a tener amistad con la pobreza: atrévete a despreciar las riquezas, y luego te podrás juzgar sujeto digno para servir a Dios, porque ninguno otro es merecedor de su amistad, sino el que desprecia las riquezas. Yo no te prohibo las posesiones; pero querría alcanzar de ti que las poseas sin recelos, lo cual conseguirás con sólo juzgar que podrás vivir sin tenerlas, y si te persuadieses a recibirlas como cosas que se te han de ir, aparta de tu amistad al que no te busca a ti por ti, sino porque eres rico. La pobreza debe ser amada, porque te hace demostración de los que te aman. Gran cosa es no pervertirse el ánimo con la familiaridad de la riqueza, y sólo es grande aquel que poseyendo mucha hacienda es pobre. Nadie nació rico, porque a los que vienen al mundo se les man-

da vivan contentos con leche y pan, y de estos principios nos reciben los reinos; porque la naturaleza no desea más que pan y agua, y para conseguir esto nadie es pobre; y el que pusiere límite a sus deseos, podrá competir con Júpiter en felicidad, porque la pobreza ajustada con las leyes de la naturaleza es una riqueza muy grande, y al contrario, la riqueza grande es una continua inquietud, que desvaneciendo el cerebro, le altera, haciendo que en ninguna cosa esté firme: a unos irrita contra otros, a unos llama a la potencia, y a otros hace desvanecidos, y a muchos afeminados. Y si quieres averiguar que en la pobreza no hay cosa que sea mala, compara a los pobres con los ricos, y verás que el pobre se ríe más veces y con risa más verdadera, porque no estando combatido de cuidados se ve en tal altura, donde los que le vienen se le pasan como ligera nube. Y al contrario, la alegría de aquellos que juzgamos felices, es fingida, que aunque con gravedad resplandecen en la púrpura, sin descubrir en público sus tristezas, son por esa causa mayores, por no serles lícito publicar sus miserias, siéndoles forzoso mostrarse felices entre las calamidades que les oprimen el corazón. Las riquezas, los honores, los mandos y todas las demás cosas, que por opinión de los hombres son estimadas, abstraen de lo justo. No sabemos estimar las cosas, de

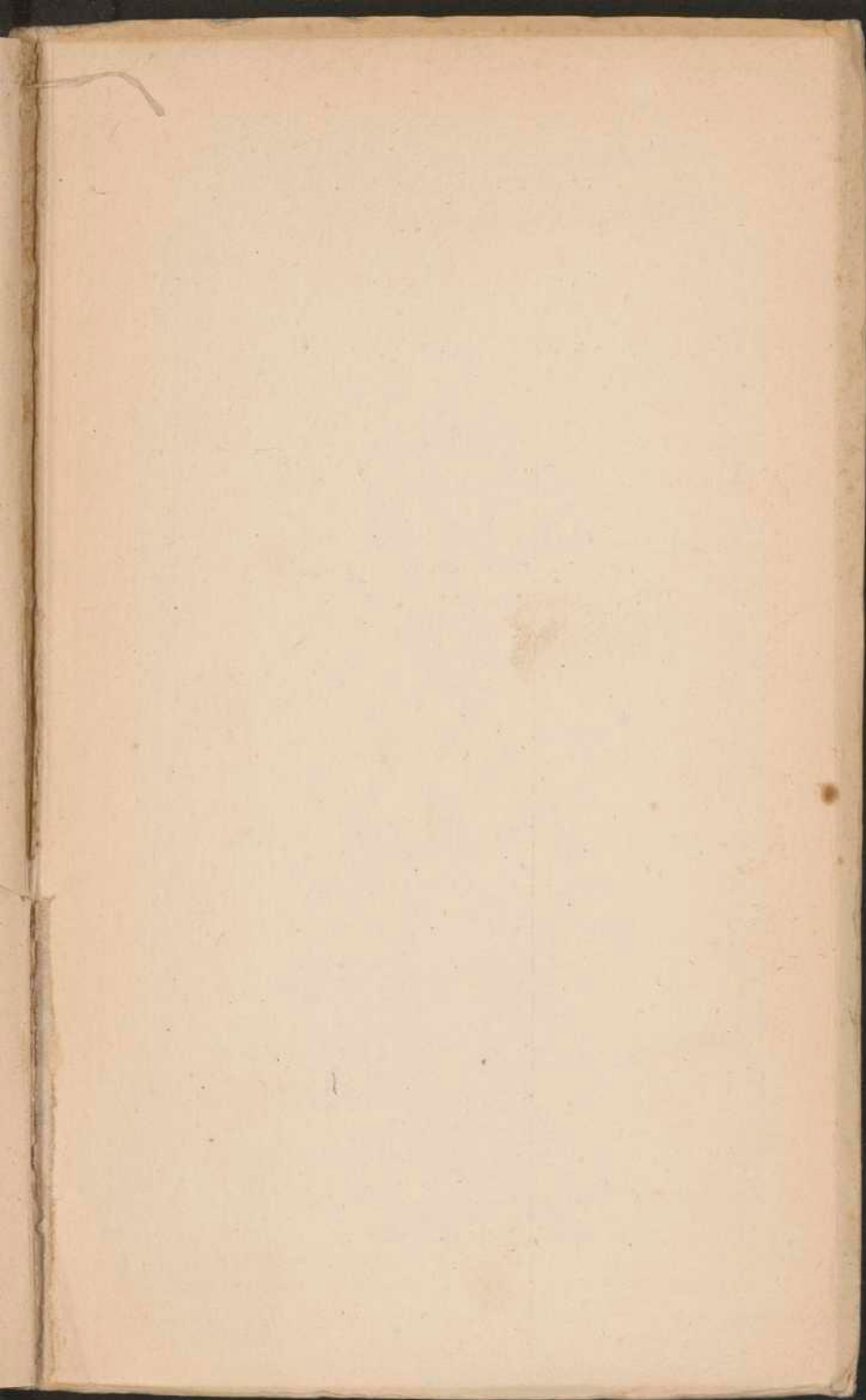
cuyo valor no hemos de hacer aprecio por la fama, sino por la naturaleza de ellas. Y éstas no tienen cosa magnífica que atraiga a sí nuestros entendimientos, más de aquello de que solemos admirarnos, porque no las alabamos porque ellas son dignas de apetecerse, sino apetecémoslas porque han de ser alabadas. Tienen las riquezas esta causa antecedente, que ensoberbecen el ánimo, engendran soberanía y arrogancia con que despiertan la envidia, y de tal manera enajenan el entendimiento, que aun sola la opinión de ricos nos alegra, siendo muchas veces dañosa. Conviene, pues, que todos los bienes carezcan de culpa, que los que son de esta manera son puros y no corrompen ni distraen el ánimo, y si lo levantan y deleitan es sin recelos, porque las cosas buenas engendran confianza, y las riquezas entendimiento. Las cosas buenas dan grandeza de ánimo, y las riquezas dan insolencia.



INDICE

Páginas.

TRATADO CUARTO.— <i>De la constancia del sabio</i>	7
TRATADO QUINTO.— <i>De la brevedad de la vida</i>	55
TRATADO SEXTO.— <i>De consolación</i>	109
TRATADO SEPTIMO.— <i>De la pobreza</i> ...	153



R
16348

Biblioteca de La Rioja



10000495803

Distribuidor: E. MASIA ALONSO

Zorrilla, 25. — Madrid

COLECCIÓN CÍSNEROS

Precio de la colección: 600 ptas. Tomo suelto: 8 ptas.



